

Año VI.—Tomo VI.

Madrid, 1.º Agosto 1903.

Núm. 123.

La Revista

Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE
SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

SUMARIO

Las minorías revolucionarias, P. Kropotkin.—Cristianismo y Paganismo, Antonio M. Carvajal.—El Castillo Maldito (continuación), Federico Urales.—La herencia y la ley de la evolución, Ch. Ribot.—Doctrina salvajista, Alfredo Marné.—Influjo de la Biblia y del Oriente sobre el sentimiento de la naturaleza, Guyau.—Lo que deberá ser el arte del porvenir, León Tolstói.—El Fetiche de Moku-hamba, P. de Etruria.

ADMINISTRACION

1, CRISTOBAL BORDIU, 1

MADRID

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.° VI-N.° 123

Administración: Cristóbal Bordin, 1, Madrid

1.° de Agosto de 1903

Las minorías revolucionarias.

«Todo lo que afirmáis es muy justo», nos dicen con frecuencia nuestros contradictores. «Vuestro ideal de comunismo y anarquía es sublime, y su realización implantaría el bienestar y la paz sobre la tierra; pero sois muy pocos para defenderlo, escaso el número de los que lo comprenden, y apenas unas cuantas docenas los hombres bastante desinteresados que propagan su advenimiento.» «Sois una insignificante minoría, un débil grupo diseminado por todas partes, perdido en medio de una multitud indiferente, y frente á un enemigo terrible, bien organizado, en posesión de armas, capital, instrucción: la lucha que habéis emprendido es superior á vuestras fuerzas.»

He ahí la objeción que sale continuamente de los labios de nuestros mejores contradictores, y algunas veces hasta de nuestros enemigos.

Veamos, pues, lo que hay de cierto en esta objeción.

Que nuestros grupos sean una ínfima minoría comparada con los millones de habitantes que pueblan la tierra, nada hay más cierto. Todos los grupos defensores de un ideal nuevo han empezado siempre siendo una pequeña minoría; y nosotros es casi seguro que continuaremos siendo escasos en número hasta el día de la revolución. ¿Pero puede ser esto en modo alguno un argumento contra nosotros? Actualmente los optimistas están en mayoría. ¿Y es por eso que nosotros debiéramos hacernos oportunistas? Hasta 1790, los realistas y los constitucionalistas eran mayoría: ¿por esta razón debieran los republicanos de entonces haber renunciado á sus ideas y hacerse también realistas, precisamente cuando Francia marchaba á pasos de gigante hacia la supresión de la realeza?

Que seamos pocos, no nos importa: la cuestión no es esa. Lo que nos interesa es saber si las ideas libertarias están conformes con la evolución que se produce en este momento en el espíritu humano, y, sobre todo, en los pueblos latinos, y sobre este punto no cabe duda. La evolución no se produce en sentido autoritario, sino en el sentido de la libertad individual, de la libertad del grupo productor y consumidor, de la autonomía del municipio, del grupo, de la federación libre. La evolución no va hacia la preponderancia del individualismo propietario, sino hacia la producción y el consumo en común. El comunismo en las grandes ciudades no asusta á nadie, tratándose, sobre todo, del comunismo libertario. En las pequeñas poblaciones la evolución se opera en el mismo sentido, y aparte algunas comarcas, tanto de Francia como de otros países, donde determinadas circunstancias sociales contienen el progreso de la evolución, los campesinos marchan en ciertas relaciones hacia el comunismo en los instrumentos del trabajo. Por esto, cada vez que exponemos nuestras ideas á las masas, cada vez que les hablamos el lenguaje sencillo, comprensible, apoyado con ejemplos prácticos de la revolución, tal como nosotros la en-

tendemos, se nos acoge siempre con aplausos en los grandes centros industriales, igual que en las pequeñas poblaciones rurales.

Y estas manifestaciones son lógicas y espontáneas. Si nuestro ideal de libertad y comunismo fuera resultado de la especulación filosófica, salidos de los sombríos gabinetes de estudio de los sabios, es seguro que estos dos hermosos principios no hubieran hallado eco en ninguna parte. Pero estas dos ideas han nacido de las entrañas mismas del pueblo; son el enunciado de lo que dicen y piensan los obreros y los campesinos, cuando salidos de la rutina cotidiana vislumbran en el porvenir un mundo mejor; son el resultado de la evolución lenta que se ha efectuado en los espíritus en el curso de este siglo; son el concepto popular de la transformación que va á operarse dentro de poco para la implantación de la justicia, la solidaridad y la fraternidad entre las ciudades y las aldeas. Como son nacidas del pueblo, él es quien las aclama cada vez que se le exponen con sencillez y claridad. En esto radica, precisamente, su verdadera fuerza, y no en el número de sus adherentes activos, agrupados y organizados, con entereza suficiente para arrastrar las consecuencias de la lucha y burlarse de los peligros que lleva consigo el trabajar por la revolución popular. El número de éstos aumenta sensiblemente; pero hasta la víspera misma de la sublevación general, que se convertirá en imponente mayoría, continuaremos siendo, como hoy, escasos en número.

* *

La historia nos demuestra que los que fueron minoría la víspera de la revolución, son fuerza predominante al día siguiente, si representan la expresión verdadera de las aspiraciones populares, y si la revolución dura bastante tiempo para que la idea revolucionaria pueda extenderse, germinar y producir sus frutos; porque no debemos olvidarlo: con una revolución de uno ó dos días no podremos transformar la sociedad en el sentido del comunismo y la anarquía; una sublevación de pocos días no puede hacer más que derribar un Gobierno para poner otro. Puede reemplazar un Napoleón por un Julio Favre; pero no puede cambiar en nada las instituciones fundamentales de la sociedad. Se necesitará un período insurreccional de muchos años para consolidar con la revolución un nuevo régimen en la propiedad y las agrupaciones humanas. Para derribar el régimen feudal agrícola y la omnipotencia del rey, fué necesaria una insurrección de cinco años (1788, 1793); para destruir el feudalismo burgués y la omnipotencia de la plutocracia, se necesitará tal vez más.

Pues bien; durante este período de excitación, cuando el espíritu trabaja con acelerada rapidez, cuando todo el mundo, lo mismo en las ciudades suntuosas como en las sombrías cabañas, se toma interés por la cosa común, se discute, se habla, se intenta convertir al vecino, será cuando la idea anarquista, sembrada hoy por los grupos existentes, podrá germinar, producir sus frutos y encarnarse en el espíritu de las grandes masas. Los indiferentes de hoy serán entonces partidarios convencidos de la nueva idea; así ha sido siempre el progreso de las ideas, y la gran revolución francesa nos puede servir de ejemplo.

* *

Es cierto que esta revolución no fué tan intensa como la que nosotros propagamos. No hizo más que derribar la aristocracia para colocar en su puesto la burguesía; no tocó el régimen de la propiedad individual; al contrario, lo reforzó; pero en cambio alcanzó un resultado inmenso para la humanidad, aboliendo definitivamente la servidumbre, y abo-

liéndola por la fuerza, procedimiento mucho más eficaz que el de las leyes; abrió la era de las revoluciones que se suceden con pequeños intervalos y que nos aproximan más cada día á la gran Revolución Social; dió al pueblo francés esa impulsión revolucionaria sin la cual los pueblos vivirían aún en la más abyecta de las opresiones; legó al mundo una corriente de ideas fecundas para el porvenir; despertó en los espíritus la rebeldía y dió educación revolucionaria á los pueblos, y sobre todo al pueblo francés.

Si en 1871 Francia hizo la *Commune*, y hoy acepta el comunismo libertario, mientras que los demás pueblos están todavía en el período autoritario ó constitucionalista, es porque á últimos del siglo XVIII luchó durante cuatro años para hacer la revolución que lleva su nombre.

Recordemos, aunque sólo sea de paso, el triste cuadro que Francia ofrecía algunos años antes de la revolución, y veremos cuán exigua minoría representaban los enemigos del poder realista y feudal.

Los campesinos vivían en una miseria y en una ignorancia tan grande, que hoy nos sería muy difícil darnos una idea. Perdidos en aldeas sin comunicaciones regulares, ignoraban lo que sucedía á veinte leguas de distancia; estos seres encorvados perpetuamente á la tierra, habitando en miserables chozas, víctimas de la peste y el hambre, parecían condenados á eterna servidumbre. La insurrección en común era imposible; al menor intento de rebeldía aparecía la soldadesca, que asesinaba á diestro y siniestro á todo el mundo, y colgaba á los directores ó iniciadores del motín cerca de las fuentes, ó de los sitios frecuentados para imponer el terror y la sumisión. Apenas si algunos audaces propagandistas recorrían de incógnito los villorrios predicando el odio contra los opresores y despertando en escaso número la esperanza de una sociedad más humanitaria; apenas si los hambrientos se atrevían á pedir pan ú osaban tímidamente protestar contra los impuestos. Hojead los archivos de algunos pueblos solamente y os convenceréis de esta verdad.

En cuanto á la burguesía, lo único que la caracterizaba era el apocamiento; sólo algunos individuos aislados intentaban raramente atacar al Gobierno y despertar el espíritu de rebeldía con actos audaces. Pero la gran masa burguesa doblaba vergonzosamente el espinazo ante el rey y su corte, ante la nobleza y ante los mismos criados de la nobleza. Quien quiera convencerse de lo que decimos, que lea las actas municipales de aquella época, y verá de qué vil bajeza estaba impregnada aquella burguesía antes de 1789. La más innoble cobardía que registra la historia desprendíase de sus palabras, á pesar de Louis Blanc y otro adúlador de la burguesía, que las aplauden. Los raros revolucionarios de aquella época, miraban á su alrededor, y á nadie veían. Camilo Desmoulins pronunció, con razón, esta palabra: «En 1789 éramos apenas una docena de republicanos en todo París.»



Y, sin embargo, qué transformación cuatro años más tarde. En cuanto la fuerza de la realeza empezó á desmembrarse por el carácter de los acontecimientos, el pueblo tomó parte en la insubordinación. Durante el año 1788, iniciaron algunos pequeños motines parciales los campesinos de ciertas regiones; como las huelgas parciales de nuestros días, se desarrollaban en varios puntos de Francia á un mismo tiempo; pero poco á poco se extendieron, se generalizaron, tomaron un carácter más radical, se hizo más difícil dominarlas.

Dos años antes nadie se atrevía á pedir una pequeña disminución en la tributación señorial—como hoy se pide un aumento en los salarios—, y dos años después, en 1789,

os campesinos ya no se contentaban con tan poca cosa. Una idea general surgió súbitamente de la multitud: la de sacudir completamente el yugo de la nobleza, del clero y del burgués propietario. Apercebidos los campesinos de que el gobierno se desmembraba y perdía sus fuerzas para contener el motín, se sublevaron contra sus enemigos. Los hombres más resueltos prendieron fuego al castillo feudal, mientras que la masa sumisa y miedosa esperaba que las llamas del incendio llegaran hasta las nubes, para atar á los cobradores de impuestos en los mismos instrumentos de suplicio donde perecieron los precursores del jacobinismo. Vieron con extrañeza que la tropa no llegaba para reprimir el motín; estaba ocupada en otra parte, y la sublevación se propagó de aldea en aldea, con tanta rapidez, que á los pocos meses la mitad de la Francia era presa del incendio.

Mientras que los futuros revolucionarios de la burguesía se prosternaban aún delante del rey, y mientras los grandes personajes de la futura revolución intentaban dominar los motines arrancando á los poderosos irrisorias concesiones, los pueblos y las ciudades se sublevaban, mucho antes que tuviera lugar la famosa reunión de los «Estados generales» y que Mirabeau pronunciara sus fogosos discursos. Cientos de motines (Taine conoce trescientos) estallaron en los pueblos antes que los parisienses, armados con picas y viejos cañones, tomaran la Bastilla.

Desde este momento fué imposible dominar la revolución. Si hubiera estallado en París solamente, si no hubiera sido más que una revolución parlamentaria, la brutalidad de la fuerza hubiera podido ahogarla en sangre, y las hordas de la contrarrevolución hubieran paseado de ciudad en ciudad la bandera blanca degollando sin cuartel á los campesinos y á los haraposos muertos de hambre. Pero, afortunadamente, desde el principio, la revolución había tomado otro carácter. Había estallado casi simultáneamente en mil puntos distintos; en cada población, en cada aldea, en cada ciudad de provincia, las minorías revolucionarias, fuertes por su audacia y por el apoyo que hallaban en las aspiraciones del pueblo, se dirigían á la conquista de los castillos feudales, tomaban al asalto los Ayuntamientos, la Bastilla; aterrorizaban á la aristocracia, á la alta burguesía y abolían los privilegios. La minoría empezó la revolución y arrastraba consigo la multitud.

Lo mismo sucederá con la revolución que nosotros anunciamos. La idea del comunismo libertario, representada hoy por una pequeña minoría, pero que adquiere cierto dominio en el espíritu popular, acabará por conquistar la gran masa. Los grupos esparcidos por todas partes, poco numerosos, pero fuertes por el apoyo que hallarán en el pueblo, levantarán un día la bandera roja de la insurrección. Esta, como la otra insurrección, estallando en muchos puntos á un mismo tiempo, impedirá el establecimiento de un gobierno cualquiera, capaz de contener los sucesos; y la revolución seguirá su camino hasta que haya concluido su misión; la abolición del Estado y de la propiedad individual.

Cuando esto llegue, la minoría actual se convertirá en imponente mayoría, en la masa de todo el pueblo, y en lucha contra la propiedad individual y el Estado, implantará el comunismo y la anarquía.

P. Xropotkins.

Cristianismo y Paganismo.

Es obligado reconocer que la Religión cristiana ha moralizado las costumbres de la humanidad; que el desenfreno y la licencia de la vida pagana fueron substituídos, al advenimiento del Cristianismo, por una severidad indiscutible en la vida moral; mas para sacar consecuencia de este suceso, es indispensable no dejarse engañar por las apariencias. No es difícil advertir que la mayor parte de los vicios que en los últimos momentos del imperio del paganismo, desbordándose de la conducta y la vida privadas, llegaron hasta á ser consagrados por la vida oficial, no obedecían tanto al propio paganismo, ni á la falta de preceptos, ni de un sano Código moral, como á otras causas históricas y políticas, las mismas que en épocas posteriores y en los pueblos cristianos han determinado decadencias analogas en su vida social y en su moral pública y privada. Con dificultad se encontraría una máxima moral cristiana que no estuviere contenida en los preceptos ó en las costumbres de los pueblos paganos, y con excepción de la máxima sublime del amor, puede afirmarse que todos los demás principios morales hallábanse incluidos en los preceptos y en las costumbres antes del advenimiento de Cristo. Decimos que, excepto el sentimiento del amor al prójimo, en su más amplia y extensa acepción, todos los demás sentimientos han sido experimentados y consagrados en las morales anteriores. Pero aún de este último sentimiento, encontramos testimonios en los códigos morales de religiones muy anteriores, principalmente en la de Çakia-Muní, de tal suerte que la proclamación del lema del amor, por el pueblo judío, como el fundamento de la moral humana, ha venido á ser una reivindicación del miserable y del humilde, descubriéndose así en sus entrañas el odio, la semejanza profunda del *redaña*, como le llama un notable filósofo contemporáneo, lo que explica la aparente paradoja de la crueldad y del ensañamiento, brotando como flor en el tallo esbelto y delicado del amor. Nietzsche ha descifrado, con notable profundidad, esta paradoja, con tal dialéctica, que no podemos sustraernos á copiar sus frases literalmente; hélas aquí: «—En la fe, ¿en qué? ¿En el amor, en la esperanza, de qué? Estos débiles quieren también ser los fuertes algún día; no se puede dudar que su reino debe venir también algún día: esto es lo que, entre ellos, se llama simplemente el «reino de Dios.» ¡Son tan humildes en todas sus cosas! Sólo que para ver esto, para vivir esto, es necesario vivir mucho tiempo, más allá de la muerte—sí, es preciso, la vida eterna—, para que se puedan indemnizar eternamente en el «reino de Dios» de esta existencia terrestre, pasada en «la fe, la esperanza y la caridad». ¿Indemnizarse de qué y por qué? El Dante se ha despreciado groseramente, á mi juicio, cuando, con una ingenuidad que hace temblar, graba encima de la puerta de su infierno estas palabras: «A mí también me ha creado el amor eterno». Encima de la puerta del paraíso cristiano y de su «beatitud eterna» se podría escribir, en todo caso, con mejor razón: «A mí también el odio eterno me ha creado». ¡Admitiendo que una verdad pueda ostentarse sobre la puerta que conduce á una mental ¿Pues cuál es la beatitud de este paraíso? Es posible que la pudiéramos adivinar nosotros; pero es preferible atenerse á la palabra de una autoridad indiscutible en la materia: al gran maestro Santo Tomás de Aquino. «*Beati in regno caelesti, dice con la dulzura de un cordero, videbunt panes damnatorum, ut beatitudo illis magis complacereat*» (1). No queremos prolongar la cita en que se reprodu-

(1) *Freudenc Nietzsche. — Le Géniologie de la Morale, 1900, Pág. 70 y 72.*

cen las frases con que el doctor angélico ensalza los placeres del paraíso, como no lo haría el mismo marqués de Sade. Apuntaremos, porque así cumple á nuestro objeto, que en el dogma de Bhuda no entra la crueldad por modo alguno, mezclada con el amor. En cambio, seis siglos antes del advenimiento de Cristo, era ya una máxima, entre los discípulos de Çakia-Muntí, el siguiente predicado de amor: «Conquistad, por la sinceridad, al embustero; por la dulzura, al irascible; por la bondad, al malvado...; soporta con paciencia las injurias; bendice á los que te maldicen; no golpees al que te golpea; en actos, como en palabras, muéstrate siempre lleno de dulzura...» «No hagas á los otros aquello que te haría sufrir si te lo hicieran». Aun dentro de la misma civilización helénica no se puede dudar que existían, entre los individuos, lazos profundamente morales; que si en Esparta, donde, como decía Rousseau, se había desnaturalizado al hombre para reforzar al ciudadano, se hallaban reducidos, casi únicamente, á cierto augusto respeto tributado á la ancianidad, fueron numerosos en los pueblos jónico; principalmente en Atenas, y alcanzaron á todas las manifestaciones de la vida social. Bien es verdad que la Atica sostuvo la esclavitud entre sus instituciones (recuérdese lo que tardó el Cristianismo hasta declararla incompatible con su espíritu), pero no estaba consentido en Atenas el pegar, injuriar, ni mucho menos matar á un esclavo, habiendo establecido Solón donde éstos tuviesen derecho á ser vendidos cuando sus amos les maltratasen. Existía el juramento hipocrático, por el que se comprometían los médicos á no provocar el aborto; lo que prueba, sin duda, que existía la costumbre de hacerlo; pero no menos que estaba condenada por el precepto, lo propio que acontece en nuestros días. Solón entendía que el matrimonio era una institución que tenía por objeto: «formar una nueva familia, disfrutando los cónyuges de las dulzuras de una ternura recíproca.» El más elocuente de nuestros oradores ha dicho que «entre Aristóteles y nosotros se levanta un monte, que es el Calvario; se levanta un patíbulo, que es la cruz, y un mártir, que es Jesucristo», para deducir de esto la mayor suavidad y dulzura de las costumbres actuales. Esto es una verdad; pero no se negará que ese monte, ese patíbulo, ese mártir, no han servido para evitar que los hombres viertan sin piedad la sangre de sus semejantes, que desde entonces se llaman hermanos, y, sobre todo, por contiendas religiosas. Que el tormento haya desgarrado con crueldad las carnes de los desdichados que no comprendían las verdades de la religión de Cristo. No ha evitado que Amalarico, legado del papa, al ser interrogado por los soldados del conde de Monfort, sobre cómo se distinguiría á los católicos de los albiguenses, para no matar á aquéllos, le contestara: «matad, matad á todos, que luego Dios les distinguirá en el cielo.» Ni que el duque de Alba hiciera que su nombre se escuchase aun con pavor en el país que sirvió de teatro á sus crueles hazañas. Aquel monte, aquel patíbulo y aquel mártir, no han evitado, en fin, que en la misma tierra que eligió el discípulo á quien legó su herencia en el mundo, en la misma Roma, el envenenamiento, la licencia y todas las formas del asesinato, estuvieran á la orden del día, hasta para el objeto de escalar el trono Pontificio: Que el *acqua di Napoli* (agua tofana) se expendiese en el pórtico de las iglesias, bajo el nombre de maná de San Nicolás, y mediante una limosna fuese adquirida por las devotas que se querían desembarazar de sus maridos; ni que Maquiavelo aconsejara al príncipe la perfidia y el engaño; ni otros mil sucesos más que nos demuestran cuán distantes andan casi siempre las costumbres de los preceptos, lo mismo en aquel gran pueblo de la Atica, que supo constituir una gran democracia y llegar al más alto sentimiento de la belleza, la cual no se logra si no entra por algo en la inspiración y en el genio de la raza al amor, como en la civilización cristiana de la Europa medioeval, en que se llegó á la más profunda decadencia, así del arte como de la ciencia,

desdicha jamás sufrida, sin que le preceda y le acompañe una profunda perversión en todas las manifestaciones de la vida.

Es imposible, repetimos, negar que el cristianismo ha proclamando, cual ninguna otra religión, el amor como el sentimiento fundamental que debe unir á los hombres entre sí; pero no se debe deducir de aquí que fuera este afecto extraño al corazón humano, antes de proclamarse dicha religión, ni mucho menos que bajo su imperio se haya destruido del corazón de los hombres el odio y la perversidad, ni que de sus costumbres se haya borrado la crueldad.

Pues bien; así y todo, esta es la única ventaja que en el terreno moral puede atribuirse al cristianismo, ya que en el orden físico sólo haya que agradecerle el desdén hacia el cuerpo, y en el intelectual no se puede asegurar que hayamos recogido beneficio alguno de su predominio, pues en ninguna ocasión ha superado la cultura cristiana á la de los pueblos paganos de una manera bastante manifiesta para que se pueda atribuir al imperio de las nuevas doctrinas el progreso obtenido y no al desenvolvimiento natural de la cultura á través del tiempo. La filosofía no dió un paso más allá de Platon y de Aristóteles, á cuyas enseñanzas, recogidas por los monjes del monte *Casino*, hubieron de acogerse los pensadores de la Edad Media, fundando la escolástica, que abandonada á sus propias fuerzas, se deshizo en las sutiles y estériles luchas entre nominalistas y realistas. La elocuencia no sobrepasó jamás á Demóstenes ni á Cicerón, y la misma escuela engendradora de los retóricos redujo su grandeza á los estrechos moldes de los preceptos. La escultura no produjo un genio comparable á Fidias ni á Praxiteles. Si la pintura ganó en expresión, perdió en gracia, en belleza, y, sobre todo, en realidad, sin conseguir un Apeles, á pesar del mérito atribuido por Ozanan á las figuras trazadas en las catacumbas. Su arte arquitectónico falso, embustero, vivirá mientras los hombres dirijan con alarma sus miradas al cielo; mientras aquel arte magnífico, vivirá mientras haya flores y aves en el mundo, mientras el cielo sea azul, mientras haya selvas, mientras haya ríos, mientras se agite el mar, mientras lata el corazón en el pecho de los hombres, mientras haya vida.

A Homero, á Hesiodo, á Tácito, á Sófocles. ¿Quién se podría oponer como no sea la única y postrera figura del Dante? Frente á un Arquímedes, á un Hipócrates, á un Pitágoras, ¿dónde se encontrará una figura que se les pueda poner en parangón? La tenacidad de un hombre, tenido por loco, dilató los mares y extendió los confines del mundo más allá de donde habíán puesto los jalones fenicios, griegos, romanos y cartagineses. Fueron necesarios mil años de dominación cristiana para que se realizara tan grande acontecimiento y para que se inventase la primera prensa de escribir, y ambos sucesos, los más trascendentales de cuantos ocurrieron durante la dilatada noche á que nos referimos, se trocaron en brillante aurora, y por su índole y consecuencias se consideraron más dignos de ser incluidos en la Edad Moderna, á la que sirven de espléndido dintel.

No se conciben, ni en Grecia ni en Roma, los atentados vandálicos contra la cultura, y, sin embargo, cuando Omar destruyó para siempre la Biblioteca de Alejandría, ya hacía más de dos siglos que, bajo el imperio de Teodosio, una horda de monjes, capitaneados por el arzobispo Teófilo, destruía el Serapium de Menfis y el Templo de Ptah, donde se encontraban los laboratorios de médicos y de alquimistas, y no cesaron hasta el asesinato de la sabia Hipatia, consumado por los mismos monjes bajo la inspiración de San Cirilo, y la abolición de la filosofía y de la ciencia griega decretada por Justiniano.

¿Dónde encontrar episodios parecidos en la vida greco romana? No se invoque la muerte de Sócrates, de la que no tardaron en arrepentirse sus mismos jueces, á quienes el pueblo se apresuró á convertir en culpables; muerte, por otra parte, más sublime que

la de Cristo, aunque no sea más que por ser la muerte de un hombre, mientras que ésta fué la muerte de un Dios exento de todas las flaquezas. Ni la muerte de un Séneca, con la que no se trató de aniquilar la ciencia, quedando reducida á un acto de perversidad y de envidia de un tirano; no, en estos pueblos no se estorbó jamás el libre desenvolvimiento de las ideas, ni se pusieron trabas á la inteligencia, ni se luchó jamás por idea religiosa alguna. Exaltaron el arte, estimularon la ciencia y respetaron la religión. El primer emperador que se hizo cristiano bastóle para ello usar de la libertad de conciencia conferida á todo ciudadano romano. Roma no impuso jamás sus creencias, y en muchas ocasiones adoptó los cultos de otros países por ella conquistados; y si se alude á las persecuciones sufridas por los cristianos, entiéndase bien que no fueron promovidas por las diferencias de religiones, sino por una razón política suprema, es á saber: el apereamiento de que se trataba de una secta teocrática, que pretendía minar el poder y la supremacía del Estado, tan firme y consolidado en Roma, á beneficio de la naciente institución. La Ciudad de Dios, levantada por la humillación de los hombres, por el desprecio de sí mismos, amenazaba, desde el fondo de las catacumbas, aniquilar á la ciudad de los hombres; levantar sus bóvedas coronadas de cruces por encima del Capitolio y del Forum. Más tarde, en el siglo IV, lo había de confesar ingenuamente San Ambrosio, defendiendo las propiedades de la Iglesia. *Imperator intra Ecclesiam, non supra Ecclesiam.*

Cuando se oye á los grandes apologistas de la civilización cristiana hablar de un arte que añadió el alma á la gracia y á la belleza; de un monumento literario que produjo todas las lenguas de la Europa actual, y de monjes que guardaban los tesoros de la antigüedad y de otras mil verdades á medias. Cuando se les ve ocultar cuidadosamente cuantos atentados ha cometido el cristianismo contra la cultura humana; y no confesar que los celosos guardianes de aquellos tesoros los querían convertir en *mano muerta* intelectual que hiciera *pendant* con la *mano muerta* económica, con que perturbaban la vida de los pueblos; cuando se sabe que sólo al romper los moldes escolásticos y al resucitar la ciencia y el arte antiguos fué cuando la Humanidad emprendió de nuevo la marcha progresiva que hoy la anima; se comprende, que si, en efecto, hubo una cultura cristiana muy apreciable por algunos conceptos, es dado pensar que sin dicha cultura viviríamos mil años por adelantado, salvo el mecanismo fatal que regula la marcha de la Historia, y gracias al cual, únicamente, se podría afirmar que ha sido necesaria la vida cristiana para alcanzar la civilización y la cultura que disfrutamos en nuestros días.

No insistimos sobre este punto, que, tratado así, á la ligera, podría atraer numerosas censuras que se evitarían tratándolo según la historia y la sociología. Por lo demás, no está indicada esta ocasión para ocuparse de ello fundamentalmente y sí sólo de una manera incidental, como dijimos al principio, para dar mayor unidad á nuestra tesis de que el germen intelectual y moral existía en la civilización pagana, y que el cristianismo no hizo más que conservarlo, aumentándolo levemente, no por su esfuerzo, sino por el natural desarrollo á través del tiempo, en lo que se refiere al orden intelectual; ó dar un matiz más vivo al predicado moral; pero desnaturalizando de tal suerte la vida total del hombre, que la moral, convertida en don enfermizo y patológico, sin arraigar en los hombres sanos, los poseedores de la fuerza y del poder, no había de impedir que la crueldad imperase en la humanidad, sin excluir la propia Iglesia, cuya historia, á pesar del *Ecclesiam abhorret sanguinem*, está escrita con trazos de sangre, cuyas instituciones tétricas, crueles y siniestras, han convertido á la blanca paloma en el voraz é innoble aguilucho que destrozaba las catrañas á Prometeo, esto es, á los hijos de los hombres, á los amantes de la tierra y de la vida.

António M. Carvajal.

EL CASTILLO MALDITO

(CONTINUACIÓN)

ESCENA XI

**Los mismos, el Marqués é individuo
(que parece un cura disfrazado).**

MARQUÉS

(de la derecha; todos se levantan). No se molesten ustedes; que Dios les guarde. Necesitaba hablar un momento con el señor Gobernador; pero puesto que nos hallamos entre personas de confianza y de respetabilidad...

CACIQUE 2.º

Si lo desea usted, señor Marqués, nos retiraremos.

MARQUÉS

No señor, no; *(pensativo un momento; sentándose)*. Supongo que todos tendremos el mismo interés en que termine cuanto antes esta perturbación permanente que sufre Barcelona. El General está muy bien dispuesto para secundar nuestros planes y presumo que el señor Gobernador pensará de la misma manera.

GOBERNADOR

Para servir á Dios y al Rey estoy al frente de este Gobierno civil.

MARQUÉS

Perfectamente; más vale así.

GOBERNADOR

¿Acaso lo había dudado el señor Marqués?

MARQUÉS

Habíanme indicado que era usted muy formulista y escrupuloso.

GOBERNADOR

Obro siempre á conciencia.

CACIQUE 4.º

Algunas veces la conciencia es un estorbo.

MARQUÉS

¡Es que la conciencia debe inducirnos á

obrar sin escrúpulos cuando de hombres sin conciencia se trata!

GOBERNADOR

Sospecho que á Vucencia le han informado mal.

MARQUÉS

¿Quién?

GOBERNADOR

Algún protegido de ustedes, empleado en este Gobierno civil.

MARQUÉS

¿Se refiere á D. Daniel...? Por cierto que ha hecho usted muy mal en obligarle á presentar la dimisión de su cargo.

GOBERNADOR

La hemos presentado todos *(pausa)*. El protegido de ustedes no es lo que parece.

CACIQUE 6.º

A él han estado confiados largos años importantes servicios.

MARQUÉS

Y no puede dudarse de su fidelidad ni de su honradez.

GOBERNADOR

Pero entre un Gobernador de mis antecedentes, miembro de la Academia de Ciencias Morales, condecorado varias veces por méritos contraídos en el servicio del orden y de la patria y un empleado de orden subalterno...

CACIQUE 1.º

¡Ah! Pero es que el Jefe de policía se ha manifestado siempre sumiso á nuestras órdenes...

MARQUÉS

Hemos dejado lo principal por lo secundario; y lo principal es ahora el atentado que acaba de cometerse y que puede servir perfectamente á nuestros fines para evitar desgracias de mayor importancia. Al fin y al

cabo han perecido, según mis noticias, gente de la clase más inferior y no es cosa de sentirlo mucho ni que merezca ser juzgada por las apariencias. El mal reside en la falta de religión que se observa en los propagandistas de esta secta maldita que se llama anarquismo. La justicia ha de ser dura con ellos para bien de la moral y de la religión (*mirando al Individuo que ha entrado con él como para pedirle parecer en lo que acaba de decir; el Individuo se inclina ligeramente en señal de asentimiento*). Estamos de acuerdo con los que han de ser los directores de esta santa cruzada contra los nuevos infieles. El Juez militar que acaba de ser nombrado para entender en la causa que se instruye, es de los buenos creyentes, y si su fe y su criterio dudarán, le ayudaría á fortalecerse su confesor, un buen padre de la Compañía de Jesús de muchas virtudes.

CACIQUE 3.º

Todo por Dios y nuestra Santa Madre Iglesia.

MARQUÉS

Nuestros agentes están bien amaestrados y hoy mismo entregarán una lista al señor General de las personas que han de ser detenidas y procesadas, sin perjuicio de que esta lista sea ampliada con las notas que obran en este Gobierno...

GOBERNADOR

Si tienen, naturalmente, participación en el crimen de hoy.

CACIQUE 5.º

Aunque no la tengan.

MARQUÉS

Por otra parte, participación moral la tienen todos los liberales (*mirando de nuevo al Individuo para pedirle parecer; el Individuo asiente con la cabeza*).

CACIQUE 2.º

Pero no ha llegado aún la hora de que paguen sus culpas. Por de pronto que caigan los más exaltados; cuantos no bauticen á sus hijos, ni respeten los mandamientos de nuestra Santa Madre Iglesia; cuantos hagan

profesión de fe anarquista y librepensadora en mítins y reuniones.

GOBERNADOR

¿Los conocen ustedes?

CACIQUE 2.º

¡Ya lo creo que los conocemos! Tenemos agentes en todos los Juzgados y sabemos quiénes no bautizan á sus hijos ó los entierran civilmente.

GOBERNADOR

Deben ser muchos en Barcelona los que así obran.

CACIQUE 4.º

Con que paguen sus culpas los principales, los demás ya entrarán en cintura por su propia conveniencia, Anselmo Lorenzo, José López Montenegro, Pedro Corominas, Jaime Torrents, Fernando Tarrida...

MARQUÉS

Y otros que no viven, precisamente, en Barcelona.

GOBERNADOR

No viviendo en Barcelona, difícil es que tengan participación en el crimen de hoy.

CACIQUE 6.º

He aquí los escrúpulos de que se habla en otros centros.

CACIQUE 1.º

Decididamente será necesario prescindir del señor Gobernador.

CACIQUE 3.º

De nada sirven para gobernar bien una provincia tan castigada como la de Barcelona los méritos científicos y morales de los gobernadores.

GOBERNADOR

Ya he dicho que había presentado la renuncia de mi cargo.

MARQUÉS

Que le será admitida, si no cambia usted de opinión.

GOBERNADOR

(*con cierta amargura irónica*). En manos de ustedes está mi suerte, la paz de Barcelona y la tranquilidad de muchas familias.

CACIQUE 5.º

Y no está en malas manos, señor Gobernador; se lo demostraremos á usted.

MARQUÉS

(*levantándose; los demás hacen lo mismo*). Otras cosas tendremos ocasión de demostrarle al señor Gobernador, ¿verdad, D. Antonio?

CACIQUE 2.º

Indudablemente; quede usted con Dios.

(*Se estrechan la mano y salen; quedan en escena el Marqués, el Individuo que le acompaña y el Gobernador.*)

INDIVIDUO

(*en voz baja al Gobernador cuando los otros han desaparecido*). El señor Jefe de policía retira la dimisión que ha presentado; el confidente, exanarquista y hombre de confianza de usted, será detenido esta noche.

GOBERNADOR

¡Detenido!

MARQUÉS

Se sospecha que es el autor de la explosión.

GOBERNADOR

No puede ser.

INDIVIDUO

No sea usted niño; estamos nosotros mejor enterados que usted (*desaparecen por la derecha; el Gobernador se queda pensativo en medio de la escena; luego se va por la izquierda con señales de abatimiento; cae el telón del cuadro segundo*).

CUADRO TERCERO

Decoración.

La escena del tercer cuadro representa el final de la Ronda de San Pablo, de Barcelona, entrando por la calle del Marqués del Duero.

Al fondo la fachada y el portal del cuartel de Atarazanas. A ambos lados de la puerta una garita; los centinelas se pasean por delante de la puerta fusil al brazo. Los lados izquierda y derecha de la escena, la Ronda de San Pablo. Las paredes del cuartel, de piedra negruzca; por las grietas de las mismas crece hierba. Es de noche; la escena casi á obscuras. El portal del cuartel está alumbrado por un farol de gas, que pende del techo. El lado derecho de la escena algo más iluminado que el izquierdo. Se levanta el telón, y por un momento el espectador no ve más que las sombras de los centinelas. Después se oyen murmullos y aparecen por la izquierda cuatro ó cinco hombres garrote en mano; detrás un teniente de civiles seguido de dos guardias del mismo Cuerpo, fusil al hombro y una cuerda de presos; á ambos lados de la cuerda de presos más civiles, y detrás más hombres garrote en mano. Al llegar la comitiva en medio de la escena, un centinela grita: «Alto; ¿quién vive?» El teniente contesta: «La guardia civil», y manda parar con un «¡alto!» Se oye la voz del centinela, que dice: «¡cabo de guardia!», al mismo tiempo que sale del cuartel el oficial de guardia, que debe serlo del Cuerpo de Ingenieros; los dos oficiales hablan en voz baja, y el de civiles entrega un pliego de papel al otro. El oficial de Ingenieros desdobra el pliego, lo lee, y entra de nuevo al cuartel. El teniente de civiles hace señal á la fuerza indicándoles que le sigan, y todos se meten al cuartel de uno en uno, porque la puerta sólo tiene abierto el postigo. Así que van entrando los presos, los civiles y la policía se quedan fuera. Después de los presos entran los civiles, y mientras lo hacen, va cayendo el telón pausadamente.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Personajes que intervienen en él.

- 1 Tomasa.
- 2 Pedro.
- 3 Inspector.
- 4 Niño.
- 5 Policía.

- 6 Labrador.
- 7 María.
- 8 Juan.
- 9 Civil 1.º
- 10 Civil 2.º

- 11 Civil 3.º
- 12 Barrera.
- 13 Jenaro.
- 14 Narciso.
- 15 Miguel.
- 16 Enrique.
- 17 Ricardo.
- 18 Tomás.
- 19 Centinela.
- 20 Portas.
- 21 Sargento.
- 22 Oficial.
- 23 Teniente.
- 24 Mayor de Plaza.
- 25 Capitán.

- 26 Fernando.
- 27 Baldomero.
- 28 Anselmo.
- 29 Jaime.
- 30 Alfredo.
- 31 Manuel.
- 32 Cayetano.
- 33 Francisco.
- 34 Domingo.
- 35 Cristóbal.
- 36 Mateo.
- 37 José (Molas).
- 38 José (Casanovas).
- 39 Ramón.
- 40 Cabo.

Decoración.

La escena representa la habitación de un obrero catalán de los de la clase de peones. A la derecha, primer término, una puerta; de esta puerta al foro, una cama de matrimonio. Al otro lado de la escena, arrimado á la pared de la izquierda y del telón del foro, un catre donde duermen dos niños, uno de ocho y otro de cinco años de edad. En medio de la escena una cuna vacía, y al lado de la cuna una silla; un poco más hacia la derecha, frente á la puerta, una mesa de pino, encima de la cual habrá extendidos dos periódicos en forma de mantel. Alrededor de la mesa tres sillas de altura regular y una más alta de las que se usan para los niños. En medio del telón del foro la puerta de entrada; á los pies del catre una caja grande de pino de las que tienen los pobres para colocar la ropa. En la cama grande, Pedro y Tomasa, con un niño de pecho. Al levantarse el telón todos duermen; la escena está á oscuras; un momento de silencio; después se oyen fuertes golpes que se oán á la puerta del foro; nadie contesta y los golpes se repiten.

ESCENA I

Pedro, Tomasa y los niños.

TOMASA

(quedo y dando con el codo á Pedro). ¡Pedro, Pedro!

PEDRO

¿Qué quieres?

TOMASA

Me parece que llaman. (se oyen golpes otra vez).

PEDRO

¿Quién será?

TOMASA

¡A estas horas!

PEDRO

(salta de la cama y en paños menores mira por la cerradura de la puerta, volviendo la cabeza). No se ve á nadie. (llaman de nuevo; fuerte). ¿Quién llama? (de fuera). El sereno. ¿Qué quiere el sereno á estas horas? (de fuera). Necesito hacerle una pregunta.

TOMASA

No abras.

PEDRO

¿Por qué, mujer? ¿Temes algo?

TOMASA

Sí, temo que sea la policia.

PEDRO

¡La policia! ¿Y qué? ¿Acaso he cometido algún delito? (se viste; vuelven á llamar). Voy. (fuerte); supongo que uno se puede vestir; (acaba de vestirse; después abre la puerta).

ESCENA II

Los mismos, el sereno y cinco ó seis policia dirigidos por un inspector.

(Al abrir Pedro la puerta se precipitan dentro del cuarto los policia; el sereno se queda en el umbral con el farol; el ruido que hace la policia despierta los niños que duermen en el catre; saltan de él desnudos y se acercan asustados á la cama de sus padres, á la que sube el pequeño por medio de una silla que el mayor arrima á los pies de la cama: ya en ella, el me-

nor, se echa llorando al cuello de su madre, que estará incorporada en el lecho; el mayor coge la mano de su padre mirando á la policia con recelo y odio).

PEDRO

¿Qué se les ofrece?

INSPECTOR

El señor Gobernador quiere hacerle á usted una pregunta.

PEDRO

¿Cuándo?

INSPECTOR

Ahora mismo.

PEDRO

Para eso bastaba con un pequeño aviso.

INSPECTOR

Como la cosa urge nos ha mandado á nosotros con orden de que le acompañásemos á usted.

TOMASA

¿Lo detendrán?

INSPECTOR

No, señora; dentro de media hora estará de vuelta.

PEDRO

Vamos, pues.

INSPECTOR

Si usted me permite, antes verificaré un pequeño registro en la casa.

PEDRO

¿Llevan ustedes mandamiento del juez?

INSPECTOR

Estando suspendidas las garantías constitucionales no hace falta. ¿Dónde tiene usted sus papeles?

PEDRO

En esta caja.

INSPECTOR

(abre la caja y saca periódicos y folletos que va entregando á un policia). El Productor, Ciencia Social, La Anarquía (mostrando un folleto). ¿También tiene usted este folleto?

PEDRO

¿Cuál?

INSPECTOR

(leyendo el título). El proceso de un gran

crimen. (Pedro hace un movimiento de hombros como queriendo decir: habiéndolo encontrado usted es que lo tengo). ¿Sabe usted lo que contiene este folleto?

PEDRO

Sí, señor; los tormentos que se aplicaron en Montjuich y en los calabozos del Gobierno civil cuando la bomba del Liceo.

INSPECTOR

Todo es mentira.

PEDRO

Sin embargo, el folleto no ha sido denunciado ni se ha procesado al autor.

INSPECTOR

Es fácil que ahora las pague todas juntas.

PEDRO

No vive en Barcelona.

INSPECTOR

Ya lo sabemos; pero se puede ir por él *(el Inspector cierra la caja; el policia que iba haciéndose cargo de los papeles que le daba el jefe, envuelve en un periódico el cuerpo del delito.)*

TOMASA

¿Qué harán ustedes con estos papeles?

INSPECTOR

Los entregaremos al Sr. Gobernador, porque la pregunta que ha de hacer á su marido de usted tiene relación con los periódicos que nos llevamos. *(A Pedro)*. ¿Tiene usted algo más?

PEDRO

No, señor.

INSPECTOR

(señalando la cama de los niños). Y aquí, ¿qué hay?

PEDRO

Nada; puede usted verlo *(un policia levanta el jergón)*.

NIÑO MAYOR

Oye, tú, deja mi cama.

TOMASA

Ven, Palmiro.

INSPECTOR

¿Con qué tono lo dice!

POLICIA

(dejando caer el jergón). Un' cachorro de anarquista.

PEDRO

Es un honor para él y para mí.

INSPECTOR

¡Ah! ¿Con que es usted anarquista?

NIÑO MAYOR

Sí, señor; y yo también.

TOMASA

¡Más valiera que os callárais!

INSPECTOR

(al niño). ¿Y por qué eres tú anarquista?

NIÑO MAYOR

Porque los anarquistas no se emborrachan ni pegan á mamá... me besan siempre y me dan terrones de azúcar.

INSPECTOR

(riendo). ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya un anarquismo tan singular! (los demás policías, al ver reír al jefe, ríen también.)

PEDRO

(al inspector). Usted no comprende este anarquismo, ¿verdad?

INSPECTOR

Un anarquismo con besos y terrones de azúcar, no lo concibo... En fin, vámonos. (Pedro, se acerca á la cama, besa al niño de pecho, que estará dormido, y al segundo, que continuará asido al cuello de su madre; abraza y besa á Tomasa, que rompe á llorar sospechando, por las manifestaciones de Pedro, que tardará en volver. Al ver llorar á su madre, los niños lloran también, sale Pedro, los policías le siguen, y mientras desaparecen va cayendo el telón pausadamente.)

CUARTO CUADRO

Decoración.

La escena representa un trozo de carretera de Valencia á Barcelona, entre Vendrell y Villafranca. La carretera arranca del primer

término de la izquierda, y sigue verticalmente hasta el telón del foro que representa la campiña y está situado lo más lejos posible de la boca, ó tan lejos como lo permita la capacidad del teatro, incliniéndose después hacia la derecha. A ambos lados viñedos. A cuatro ó cinco metros de la boca y en el lado derecho; pero dentro de la viña, es decir, al otro lado de la cuneta, un algarrobo, y delante de este algarrobo, á la orilla misma de la carretera, la piedra que señala los kilómetros recorridos.

Se levanta el telón y aparece María por el lado izquierdo, triste y cabizbaja, con una maleta pequeña en la mano; anda unos cuantos pasos y se vuelve para mirar á lo lejos; sacase un pañuelo del bolsillo para enjugarse las lágrimas y se sienta en la piedra que marca el espacio recorrido; después de dejar la maleta en el suelo, aparece también por la izquierda un labrador que se acerca á la anciana.

ESCENA III

María y el Labrador.

LABRADOR

¿Qué hace usted aquí, buena mujer?

MARÍA

Espero á mi hijo.

LABRADOR

¿A su hijo de usted?

MARÍA

Sí.

LABRADOR

¿Es usted vecina de Vendrell?

MARÍA

No.

LABRADOR

¿De Villafranca?

MARÍA

Tampoco; soy vecina de Reus.

LABRADOR

¿Y ha venido usted desde Reus andando?

Federico Urales.

La herencia y la ley de la evolución.

I

La idea del progreso es completamente moderna. Tiene por iniciadores, en el siglo xvii, á Bacon, Descartes, Pascal y, sobre todo, á Leibnitz. En el siglo xviii fué objeto de una fe ardiente de parte de todos los filósofos de aquella época. En el siglo presente ha llegado á ser casi un lugar común. Sin embargo, esta idea, en su forma ordinaria, es vaga é incompleta.

En primer término, es vaga. La palabra «progreso» no presenta un sentido bien determinado. Representa, para los unos, la simple acción de marchar hacia adelante; para los otros, un mejoramiento, lo cual es muy diferente. Además, la opinión vulgar acepta el progreso á título de hecho, sin preguntarse por su ley ni por su causa. ¿Se produce al acaso? Si hay una ley, ¿cuál es? ¿Qué es, en la naturaleza de las cosas, esa fuerza oculta, esa potencia productora que las determina á ser? Tales cuestiones no se plantean.

Esta ley es incompleta, y este defecto es el más grave. Por una ilusión anticientífica, pero que es natural en el hombre en todas las cosas, nosotros consideramos el progreso nada más que desde el punto de vista humano. El progreso, para casi todo el mundo, consiste en el paso de lo malo á lo mediano; de lo mediano, á lo bueno; de lo bueno, á lo mejor, ó, más brevemente, en un mejoramiento. Como la historia muestra que la humanidad marcha, en general, de lo menos perfecto á lo más; como se ve que, con el tiempo, las costumbres tienden á devenir más dulces, la vida más cómoda, los hábitos más morales, las instituciones sociales más justas, las instituciones políticas más liberales, la cultura más extensa, las creencias más razonables, se concluye que, á pesar de los movimientos hacia atrás, las excepciones, las decepciones y los mentís, la victoria queda, en definitiva, por el progreso; es decir, por el mejoramiento del hombre y de su medio moral, y se dice, con Herder, que la humanidad se parece á un hombre ebrio que, después de muchos pasos hacia adelante y muchos para atrás, acaba por llegar á su casa. El progreso, así entendido, queda como un hecho humano, restringido al dominio de las ciencias políticas y morales, confinado en la historia, y teniendo por límites los que se asignan á la libertad.

Una mirada más exacta y más amplia, al mismo tiempo, nos lleva á comprender que el progreso humano no es más que una parte del progreso total, y á substituir esta palabra equívoca con los términos más apropiados de *evolución* ó de *deseñuclivimiento*. Este cambio es de una gran importancia, pues en lugar de una concepción humana, subjetiva é hipotética, se pone una doctrina cósmica objetiva y científica. El progreso no aparece aquí como la ley de la humanidad solamente, sino como la ley de la naturaleza entera.

Se encuentra en los *Premiers principes* de Herbert Spencer una exposición magistral de la ley de la evolución, tomada en su totalidad, libre de toda concepción de finalidad y sometida, en cuanto á su causa, á las leyes mismas del movimiento. La evolución que, en sus notas más generales, consiste en el paso de lo homogéneo á lo heterogéneo, de lo indefinido á lo definido, de lo incoherente á lo coherente, después de haber llegado al equilibrio en un tiempo más ó menos largo, acaba por un período de disolución.

La evolución así comprendida y referida, en cuanto á su ley y en cuanto á su causa;

«á una interpretación puramente física» de los fenómenos, ofrece un carácter científico que no tiene la doctrina corriente del progreso. Además, éste, no ocupándose más que del bienestar humano y considerándolo como la causa final de todos los cambios, se encuentra muy embarazado con los hechos numerosos é incontestables que muestran que la humanidad, en ciertos momentos, se detiene y vuelve hacia atrás. La evolución los explica. La teoría transformista, por ejemplo, no implica la progresión de un modo necesario. Es posible que una nueva raza sea de una estructura más sencilla y de una inteligencia menos desenvuelta que aquella á quien substituye: una pequeña ventaja basta para asegurarle la victoria sobre sus concurrentes. La ley de la evolución da igualmente cuenta clara del progreso y de lo que se ha llamado degradación, es decir, de un movimiento retrógrado hacia una estructura inferior ó forma inferior del dinamismo. Basta que el ser así degradado en lo físico ó en lo moral se adapte mejor á sus nuevas condiciones de existencia, que un ser mejor dotado.

Ahora que ya estamos bien seguros del preciso sentido de las palabras evolución, desenvolvimiento, progreso, podemos ver cómo esta ley domina toda la cuestión de las consecuencias de la herencia. Nos proponemos, en esta parte de nuestro trabajo, demostrar cómo la herencia ha contribuído á la *formación* de ciertas facultades intelectuales ó sensitivas y de ciertos hábitos morales.

No tenemos para qué examinar aquí la ley de la evolución más que bajo su aspecto psicológico, y todavía esto en límites muy restringidos, en sus solas relaciones con la herencia.

La evolución psicológica supone, necesariamente, dos factores: uno, que produce las variaciones (innatismo de los autores antiguos), y otro, que produce la permanencia (herencia).

Mientras que los naturalistas contemporáneos han estudiado con gran cuidado las causas de la variación física, sus influencias útiles ó perjudiciales en el combate de la vida, y para la selección que de ella resulta, en el orden mental y social, el trabajo no ha sido proseguido con tanta constancia. Se admite bien, en general, que hay para los individuos, como para las razas, variaciones psíquicas útiles ó perjudiciales, que aumentan ó disminuyen sus probabilidades en esta lucha, cuyo resultado final es la supervivencia de los más aptos. Pero este problema, extremadamente complejo, además, no se ha estudiado nunca en su conjunto. Yo desearía que se intentase este trabajo por algún escritor. Si estuviera hecho, podríamos seguirle paso á paso y mostrar en cada forma de variación el influjo correspondiente de la herencia. Basta, para nuestro objeto, hacer notar que las causas de variación obedecen: bien á la naturaleza íntima del individuo ó de la raza (es decir, á la constitución del cerebro), ó bien á las circunstancias exteriores, tales como las leyes, las instituciones, la forma religiosa, la opinión, la educación, los consejos y las tradiciones de familia. El papel de la herencia es, por otra parte, muy sencillo, como se verá por lo que sigue:

Suponed las variaciones sin la herencia, y todo cambio deviene transitorio; una modificación cualquiera, buena ó mala, útil ó perjudicial, desaparece con el individuo. La evolución, encerrada entre estos límites estrechos, pierde toda significación y todo alcance; no es más que un accidente sin valor.

Suponed la herencia sin las variaciones, y no tendréis más que la conservación indefinida, increíblemente monótona, los mismos tipos puestos de una vez para siempre. Los caracteres fisiológicos, los instintos, las facultades intelectuales y morales serán conservados y transmitidos sin modificaciones. Nada aumenta, nada disminuye, nada cambia.

Por el contrario; suponed las variaciones y la herencia, la vida y la variedad devienen posibles. La evolución motiva modificaciones fisiológicas y psicológicas; el hábito las fija en el individuo y la herencia las fija en la raza. Estas modificaciones acumuladas y convertidas á la larga en orgánicas, hacen posibles nuevas modificaciones en el curso de las generaciones; de esta manera, la herencia llega á ser, en cierto modo, un poder creador. Este hecho de la herencia de las modificaciones *adquiridas* ha aparecido muchas veces en el curso de un estudio; aunque deba ser examinado después al detalle, no será inútil insistir aquí, pues hará comprender bien la relación íntima de la herencia con la ley de la evolución.

En la introducción fisiológica hemos demostrado cómo es cierto que pueden transmitirse las modificaciones adquiridas. Hemos visto, para no recordar más que un ejemplo, que algunos animales que se han hecho epilépticos por un medio artificial, han transmitido esta disposición morbosa á sus descendientes. Pero también hemos visto que este punto es embarazoso, pues los hechos parecen mostrar que estas desviaciones del tipo tienden á volver al estado normal, y que la ley es que los accidentes no se perpetúen, y que á lo sumo, después de haber subsistido durante algunas generaciones, se atenúan, y después desaparecen. Aquí volvemos, por un rodeo, á la dificultad del principio, á saber: la de la evolución sin la herencia, ó á lo menos con una herencia muy restringida y sin resultados valederos. La dificultad no es más que aparente. Aun admitiendo la hipótesis que nos es más contraria, la del retorno al tipo, se debe notar que este retorno no tiene lugar más que en la raza *abandonada á sí misma*. Las experiencias de los ganaderos muestran que ciertos caracteres fisiológicos pueden perfectamente perpetuarse y quedar fijos por una selección continua, á despecho de las excepciones y de los casos de retorno; ahora bien, la educación obra sobre las facultades mentales exactamente á como el arte del ganadero obra sobre el organismo y sobre sus funciones. Ya veremos que la aptitud para la comprensión de las ideas abstractas ó para acomodarse á las condiciones de la vida civilizada, no se fija más que á la larga en determinadas razas, las cuales, abandonadas á sí mismas, vuelven al tipo mental primitivo. Se establece así en el individuo, entre la herencia de los caracteres naturales y la herencia de los caracteres adquiridos, una lucha en que la naturaleza debe vencer, si el arte no la combate. El dicho de Bacon es tan verdad de la herencia como de todas las leyes naturales: *Natura non nisi parendo vincitur*. Pero con el auxilio del arte, bajo el influjo constante de la educación ó de un medio moral, los caracteres adquiridos se fijan, y entonces se establece en nuestra constitución psíquica una segunda naturaleza, tan estrechamente fundida con la primera que á menudo no se le puede distinguir.

En resumen: sin la ley de la evolución, nada más sencillo que las consecuencias de la herencia. Estas no valdrían la pena de ser estudiadas aparte, pues no consistirían más que en la conservación indefinida de los mismos caracteres específicos. Pero con la evolución todo cambia. El ser viviente tiende á modificarse sin cesar por causas ya internas ó ya externas. Las causas internas motivan estas modificaciones espontáneas del organismo y del dinamismo, las cuales hemos visto que algunos autores las explican por una ley de innatismo; tales son, un nuevo carácter físico, una aptitud mental nueva. Las causas externas son las acciones del medio, que influyen tan poderosamente sobre el ser moral como sobre el ser físico, y tienden á la larga á formarlo de una manera determinada. En la batalla de la vida, en la lucha por la existencia, gran hecho biológico que Darwin ha establecido tan bien que sus mismos adversarios lo han aceptado, estas modificaciones son una probabilidad de supervivencia, si por ellas se adapta mejor el indivi-

duo á las nuevas condiciones. Por ellas se hace posible para el ser viviente: primero, subsistir, y segundo, perpetuarse. La herencia, fuerza esencialmente conservadora, tiende á transmitir á los descendientes la naturaleza entera de los padres, lo mismo todo deterioro físico, intelectual ó moral, que toda mejora física, intelectual ó moral. La fatalidad ciega de sus leyes regula lo mismo la decadencia que el progreso.

El hombre cuando viene al mundo no es aquella estatua virgen de impresiones que habían imaginado Bonnet y Condillac. No solamente tiene una cierta constitución, una cierta organización nerviosa que le predispone á sentir, pensar y obrar de una manera que le es propia, personal, sino que se puede decir que la experiencia de generaciones infinitas en número dormita en él. Está tan lejos de ser creado como de una pieza que el pasado entero ha contribuido á formarlo. El estado actual de su mecanismo y de su dinamismo es el resultado de modificaciones innumerables, lentamente acumuladas; y se puede afirmar que si la herencia obrara sola, si no hubiese cruzamientos, variaciones espontáneas, combinaciones y transformaciones psíquicas cuyo secreto nos escapa, los descendientes serían impulsados á sentir y á pensar fatalmente como sus antepasados.

Ch. Ribot.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

DOCTRINA SALVAJISTA⁽¹⁾

El hombre y la naturaleza.

Hace demasiado tiempo que se degrada al hombre y se reniega de la naturaleza; los detractores del hombre, legisladores, fundadores de sociedades, han hecho de él un monstruo; por su ceguera, por su corrupción es por lo que esos enjambres de bárbaros, esos devoradores de cadáveres y de esquiletos, reducen á la especie humana á una condición muy inferior á los animales; esos afortunados trapaceros que dominan por sus vicios, y con actos de autoridad sacrifican la humanidad á la política; todos esos holgazanes que no pueden sentarse sino sobre cojines, imponen el trabajo al hombre. De igual suerte, con su pedantería, sus religiones y todo su arsenal de leyes tan absurdas como caprichosas, que embrutece al hombre, impidiéndole sentir su degradación, le atribuyen malos instintos, le suponen crímenes para darle expiadores, hacerse sus amos y sus guías, amos orgullosos, implacables, que no le abandonan sino al borde de la tumba, y esos pretendidos héroes, esos simoníacos devastadores son los que han enrojecido la tierra con sangre, los que han rehusado reconocer á los salvajes como seres de la especie humana, para poderlos subyugar y asesinar.

En nombre de la civilización, de las artes, de las ciencias, de lo misterioso, de lo sobrenatural, de la virtud, de la moral, es como esos hacedores de prodigios inculcan al hombre la ignorancia, la debilidad, el dolo, la mentira; verdaderamente es una bajeza, un envilecimiento inferior á las bestias el que hombres que son iguales por la naturaleza, de la misma materia y de un mismo fin, se degraden hasta depender de las voluntades ó

(1) Proposiciones dadas á conocer á vuestras lecturas todas las novedades intelectuales que se producen en el orden social publicamos hoy este artículo que resume, más que la doctrina naturalista, la vida primitiva.

de los caprichos de un solo hombre; el poderoso, el rico, no necesita sino aduladores cuya mirada tímida no se atreva á alzarse hasta él; seres envilecidos que imploran bajamente su protección; es ser un juguete, un engañado, el creer que esas especies de criaturas son inmemoriales, universales, necesarias y primordiales; todos esos bandidos rabiosos, esos santificadores de apoteosis fúnebres, orgullosos de sus gobiernos, de sus leyes, de sus instituciones, de sus religiones, de sus monumentos, su lujo, sus ilustrísimas, es lo que ellos llaman su sabiduría.

Pues bien; el último de los salvajes es más respetable que ellos.

Los médicos, sabios con patente, matan el valor, infunden la credulidad, la pusilanimidad, el terror, han resuelto transformar á los hombres en autómatas medio animados; todos esos hijos de Hipócrates, de Themison, de quienes la humanidad no necesita, como tampoco de cerrajeros, son más de temer que la muerte. En la época en que el hombre iba desnudo, tenía por espejo las fuentes y los cantos pulidos, la naturaleza era su fotografía, dotado de mil gracias salvajes; encontrándose bastante limpio, se lavaba y se bañaba en la corriente de los ríos, con las muchachas, los niños, las madres é hijos, hermanos y hermanas, completamente desnudos y juntos, no tenían que se les viese en tal estado; su tocado consistía en peinar su larga cabellera que sacudía sobre su cuello, como los generosos animales sacuden sus crines. No tenía ni justicia, ni prudencia, ni constancia, ni templanza; no estaba sujeto á la cólera, no tenía ni miedo, ni temor, ignorando todo sufrimiento, contentándose con lo que la tierra había puesto á descubierto, hallando placer en gustar de sus productos; comía sus alimentos crudos, sus instintos eran deliberados, y satisfechos en el orden que se presentaban para el goce completo de sus sentidos; favorecido así como los otros animales, removido por las grandes escenas de la naturaleza y la salvajería de sus costumbres, estaba animado de un lenguaje melodioso único y profundo, sin términos abstractos; las metáforas eran atrevidas y familiares en su conversación; jamás ningún orador moderno hablará con tanta fuerza y sublimidad como el salvaje de la naturaleza; tenía canciones cuya melodía estaba subordinada á su lengua, sus danzas eran de imaginación, de imitación; las imágenes vigorosas y parlantes de la naturaleza estaban descritas en dichos bailes por gestos de caracteres expresivos; vivía sin guías, sin policía, sin leyes, sin zapateros, sin panaderos, sin cocineros y sin guardia civil en *el estado salvaje*, con la naturaleza entera por riqueza, á la que admiraba con alegría. Ese bravo habitante de los bosques y de la tierra virgen era polígamo é incestuoso; sus hijos, desde la más tierna edad, se entregaban á todo cuanto la naturaleza les sugería; para el hombre salvaje, la virginidad del cuerpo no es más que el emblema de la del corazón; pero no era hombre de letras, estaba contento con un título más natural: *hombre de la naturaleza*. No pasaba su vida en pos de las sílabas, ni en el polvo de la geometría, ni en las ciencias liberales y del arte literario, porque no había puesto expresamente dos letras en los primeros versos que contienen el nombre de esos libros; el estilo de su libro era magestuoso, sublime, hecho y pintado por la naturaleza, tenía por título *la naturaleza de las cosas*; su vida, que transcurría sin enfermedades, sin penas, que alcanzaba la edad de ciento cincuenta años y más, era demasiado corta para leerle completamente; anciano, conservaba la belleza de la juventud.

No le preocupaba saber de qué ciudad era Homero; si Anacreonte era más lascivo que borracho; su cerebro no estaba atrofiado por la metafísica, y todos los sofismas de los libros modernos, en que se mecen los ricos que ponen toda su sensibilidad sobre sus perros y sus caballos; su imaginación no emparejaba ningún temor con la proximidad ni las consecuencias de la muerte, la naturaleza le había emancipado de esa sensibilidad

artificial; no experimentaba las convulsiones de la agonía, moría como había nacido, sin sufrimientos: era para él la noche de un hermoso día. ¡Oh!, hombres de letras, vosotros sabéis hablar mejor que vivir, de donde resulta que á casi todos os es antipático el estado salvaje. Aunque les llamáis especies de bestias, según vuestro silogismo, les atribuí los actos de los civilizados; sería preciso, sin embargo, no confundir el salvajismo con la civilización, porque el salvaje de la naturaleza es una especie de bestia que borra todos vuestros milagros.

La desigualdad de las condiciones, tan necesaria para el mantenimiento de las sociedades civilizadas, es, en verdad, el colmo de la demencia; sí, hombres de fe, hombres de leyes, guías de ciegos, fanáticos ó políticos, feroces por estado ó por carácter, os mentís á vosotros mismos, la naturaleza os acusa, la tierra os confunde, estamos harto avisados para seguir nutriéndonos con vuestros absurdos, que repugnan á nuestros instintos; tiranos, impostores, injustos, comparad ese estado salvaje con el estado civilizado; preguntad al hombre civilizado nacido en las lenguas de la esclavitud, si es feliz; preguntad al hombre salvaje nacido en los brazos de la libertad si es desgraciado, si ambos os responden *no*.

La división ha concluído.

Cuando los primeros hombres, encantados con sus existencias, contemplaban como otras tantas partes de sí mismos, todo lo que sus sentidos y su corazón podían abrazar, es decir, la naturaleza entera, sobre todo la deliciosa sorpresa de esa naturaleza viviente, en la que algunos animales venían arrastrándose á besarles los pies, otros saltaban, corrían, hacían gala de la más brillante ligereza, otros todavía revoloteaban acordando deliciosos sonos, y los peces jugaban ante ellos en la superficie de las aguas, inmensos bosques embellecidos por la juventud eterna de los corpulentos árboles que la tierra hacía crecer hasta las nubes, que alcanzaban cuatro y cinco mil años de edad, estaban enguirnaldados por plantas trepadoras; los hombres, los animales y vegetales vivían en el orden de la naturaleza que no impone ni leyes, ni reglas coercitivas.

Soberana, ella producía todo sin ayudas y sin amos, amontonaba todas sus producciones con una profusión independiente, queriendo ser bella y fecunda para el agrado de todos los seres; los ríos moderados, corrían libremente en los bosques, se cavaban un lecho más igual, sin escollos, sin torbellinos, sin mugidos y sin espuma; la primavera renacía de los restos del otoño, las hojas secas y podridas á los pies de los árboles les daban una nueva savia que hacía brotar de nuevo las flores; troncos hendidós por el tiempo servían de retiro á innumerables mamíferos y pájaros. El mar, rompiendo en las costas y en los golfos, daba una inmensa cantidad de conchas y de peces, tortugas y cangrejos, que iban á jugar en las playas á los placeres de la libertad y del amor, era *la edad de oro*, dichosa vida de las primicias, en la que se nacía en el césped y se alimentaba uno con leche y miel silvestre.

Pero el hombre, no sabiendo reconocer su verdadera felicidad, quiere corregir la naturaleza, reducirla; por este error humano, por prodigios insensatos, es por lo que esa tierra indulgente se ha transformado en un inmenso osario, es hollada en lo más profundo de sus entrañas; las materias útiles para su conformación son extraídas, reunidas en conglomerados pestilentes. Las montañas despojadas de su sombría diadema verde, los ríos desviados de su curso, despoblados los bosques, las vastas llanuras engalanadas con millares de flores, sembradas al azar, son abiertas por arado, el laboreo de la tierra se convierte en un arte; que el barbecho esté bien removido, dispuesto, también labrado, que la tierra removida descubra bien las raíces, las simientes arrojadas encima, las hier-

bas recogidas con la mano, á fin de que no crezca ningún abrojo que ahogue la cosecha; todo ese trabajo rudo, de fatiga antinatural, recomendado como indispensable por nuestros agrónomos, bajo pretexto de que no podemos pasar sin pan, y que la tierra sin cultivo no produciría nada; toda esa charla con que los ricos no cesan de entretenernos, cuando es preciso que cincuenta proletarios y más trabajen desde la mañana hasta la noche para suministrar alimento á uno solo de sus vientres, para esos lujosos, esos hartos de grasa, el laboreo de la tierra es cosa demasiado baja, no ponen jamás en ello la mano, educan por los mismos medios á los hombres y á los bueyes para ese trabajo estúpido.

Ea, campesinos, devolved la libertad á vuestros bueyes y acordaos de que antes del laboreo de la tierra no existían ni límites ni confines, que nadie dividía los campos, todos los hombres vivían en común, la tierra sin cultivo, sin ninguna simiente producía todo en abundancia, no tomen como ejemplo á Escipión el Africano, que labraba por sí mismo las tierras de su granja de Literna; el cultivo de las tierras es contrario á la armonía de la naturaleza.

En cuanto á los animales, se les ha reducido al estado doméstico por medios bárbaros y crueles, por la tortura del trabajo continuo, la amputación de las partes, de la cola, de las orejas, etc., etc. Los animales no podían ser indultados, puesto que es de uso en una perfecta civilización que esas mutilaciones se hagan también á los hombres, los animales domésticos están todos enfermos, nosotros nos alimentamos con su carne, y nos comunican sus enfermedades; es cosa de observar que los que pretenden instruirnos, toman más cuidados en la reproducción de sus perros y de sus caballos que en la suya practican el onanismo, abonan la tierra con el semen de los hijos; otros, completamente desnaturalizados, les abogan después de haberlos manchado; la civilización ha degenerado á los vegetales y á los animales, produce monstruos humanos, en el antiguo y el nuevo mundo el hombre es degollado, perseguido, peor que las fieras, la carnicería de los devastadores no tiene límites, todo es violentado, exterminado, ensangretado; el arte, las ciencias lo han desnaturalizado todo, hasta las rosas con que el amor hacía sus ramos, empequeñecido hasta en las puntas de las rocas, y de esa vasta poesía de carácter grandioso y salvaje, ya no queda nada.

Si, lo artificial.

Violentadores de la naturaleza, sucesores de Orante, de Diómedes, de Varo, famélicos, avaros, cuyas puertas están guardadas por perros descarnados, grandes de la tierra que os bañáis en los placeres, bebéis en copas de oro, coméis en platos de plata, á vuestra llegada á vuestros palacios, se ordena con las espadas desenvainadas que os hagan sitio, estáis impregnados de vapores de sangre, ¿cuándo, pues, dejaréis de tener sed de sangre humana, y con qué derecho habéis resuelto exterminarlo todo en la naturaleza? arquitectos de desgracia, archilocos vejstorios, vuestras sociedades, de veinte á cuarenta millones de individuos; vuestras ciudades, de quinientos mil á dos millones de habitantes, son monstruos en la naturaleza, son inhabitables, el aire está en ellas infectado, las aguas corrompidas, la tierra agotada, la vida abreviada, los horrores de la miseria extrema, es el nacimiento de las enfermedades epidémicas, la morada del crimen, del vicio, todos esos amontonamientos de población no tienden sino á la corrupción, á la putrefacción, ningún apoyo puede resistir sobre un orden de cosas tan podrido, esos son, sin embargo, los lugares favoritos de los parénticos y de los subordinados á las ciencias.

Pero tú, hombre, ser inviolable, á quien la naturaleza ha dado la defensa de tu vida; tú, su predilecto, único que vale todo un pueblo y que suspira sin cesar por la felicidad, ¿querrás seguir siempre á tus educadores por ese camino sembrado de flores sin

aroma, que te extravía en ciérganas fangosas y en áridos desiertos? Esos pisaverdes, esos mamarrachos que se atreven á acometer la empresa de embellecer la naturaleza, de adornarla con las artes, cuyas grandes construcciones seducen por todos los lugares de la tierra, no son más que el cuerpo de un sólo hombre, y muy pequeño; ¿de qué les sirven varias habitaciones, puesto que no se acuestan sino en una sola? Los lugares en que no están, no son de ellos; franquea esos laberintos que te cierran el acceso á tu felicidad; tus guías son Moisés, Solón, Numa, Mahoma, Confucio, César y tantos otros nuevos metodistas, gentes muy civilizadas, que te han reducido á esta triste situación, al estado de cadáver; ¿seguirás siempre en la indigencia y pasarás tu vida llorando, extendido sobre los bancos del Gehena, vendrás á sentarte en el gran festín de la naturaleza? Es preciso que no esperes que los lazos de la servidumbre humana sean rotos por esos grandes personajes todos cubiertos de oropel; han perdido el corazón.

Los espíritus científicos continúan la gran devastación de la naturaleza; no pudiendo vencerla la tratan de vieja madrastra. Sin embargo, el arte de aquéllos no es ni cierto, ni igual, pero lo que hace y deshace la vieja madrastra, es completamente idéntico; ingenuos violentos conducen á la humanidad á su ruína general, su agonía está próxima, vivimos sobre volcanes.

Sin duda será uno perseguido, afrentado, encarcelado, hasta guillotinado por atreverse á combatir lo artificial y asegurar que el hombre ha vivido en el estado salvaje. Poco importa; con grandes dardos es como hay que debilitar á los grandes monstruos.

Retiremos nuestro cuerpo de bajo su yugo y de las manos de esos criminales de profesión, é inspirados por la naturaleza, guiados por nuestros instintos, recobremos nuestro puesto de hombre salvaje en la naturaleza. Las fieras y los peces se cogen con la esperanza de que algo les agrada; consideremos como falsas todas esas promesas cubiertas de liga, que nos hacen rodar fuera del camino y nos derriban al suelo.

Las hierbas no nacen solamente para las bestias, sino para los hombres; así que si se conociesen las pruebas y testimonios de abundancia en el estado salvaje, y que el extremo de las ramas de los árboles puede satisfacer un estómago que tenga buena hambre; los proletarios no querían producir más, por eso los sabios se guardan bien de instruirnos sobre ello; todo lo han falseado, todo lo han violado. Que nuestra casa sea construída de césped, ó que nos retiremos al hueco de una roca ó en el tronco de un árbol en los grandes bosques salvajes; para nuestros vestidos pieles de animales, cortezas de árboles y trajes hechos con plumajes de aves cosidos juntos; para tapices juncos, y nuestros cuadros, el espacio, el universo; que comamos como comía Turbot en platos de tierra, lo que hasta es secundario, porque se puede beber en el hueco de la mano para no cargarse con bagajes, así desaparecería el alcoholismo; nada hay más grande que nuestra independencia; ¿es muy necesario saber tallar una viga en cuadro, llevar rectamente la sierra á lo largo de una raya, y tender un madero con una mano segura? No; el arte de herrería, de carpintería y de hacer pan, no es una gloria; no se necesitan artesanos si se sigue á la naturaleza, la prodigalidad es la que ha dado nacimiento á las artes y á los oficios, esto fué inventado por espíritus astutos, pero no elevados, no grandes; la civilización es un método de vida módica muy complicada, toda de sufrimiento y criminal, que será abandonada y maldita por los hombres futuros. En los venideros siglos, el hombre civilizado volverá á su primitivo estado, porque el salvaje de la naturaleza no se ha civilizado sino para la violencia; no existe un punto en el que resida la felicidad humana; en su futuro, el hombre moderno dejará de ser ese animal tan despreciado, y por los recuerdos de los males que le causaron sus detractores, sus educadores, sus amos y sus guías, se detendrá

en ese punto de felicidad, de existencia natural renovado, el *salvajismo*—no la civilización—¡Cómo! ¿habría dado la naturaleza, nuestra amiga, una vida fácil llena de seguridad, á todos los animales y solamente el hombre no podría vivir sin todas esas maneras artificiales? cuando nacimos encontramos todas las cosas preparadas, ¿qué seres más felices puede verse que esos hombres salvajes? Se gozaría en común de la naturaleza y de las cosas; ella sola, como madre, bastaría para tener á todo el mundo bajo su tutela. Se verían los fuegos de la alegría suceder á los incendios de la discordia.

Alfredo Miró.

Influjo de la Biblia y del Oriente sobre el sentimiento de la naturaleza.

Uno de los influjos que poco á poco han transformado la literatura y han introducido, entre otras muchas cualidades, elementos de realidad fuerte, grandiosa, pintoresca, es el de Oriente y de la Biblia. El sentimiento de la naturaleza y también el de la humanidad se han ensanchado así. «He vuelto al Antiguo Testamento», escribía Henrique Heine en 1830. ¡Qué gran libro! Más notable que su contenido es para mí su forma, ese lenguaje que es, por decirlo así, un producto de la naturaleza, como un árbol, como una flor, como el mar, como las estrellas, como el hombre mismo... La frase se presenta en una santa desnudez que estremece.»

La Biblia tiene un influjo literario considerable, principalmente sobre todos los escritores llamados románticos ó realistas. Ese influjo ha sido demasiado desconocido. Podría, sin embargo, invocarse en favor del estudio del hebreo parte de los argumentos literarios que se emplean para defender el estudio del griego y del latín. Chateaubriand es el primero que ha entrevisto ese influjo de la Biblia; pero lo ha confundido demasiado con el del «genio cristiano». El genio cristiano es un producto híbrido en que se han mezclado y casado íntimamente el espíritu hebraico y el espíritu griego, pero en el cual domina frecuentemente el platonismo griego; las ideas más elevadas de la filosofía cristiana provienen de Grecia y de Oriente.

Lo que indiscutiblemente ha nacido en el suelo de la Judea, es esa literatura mucho más coloreada y más sencilla á la vez que las obras griegas, mucho más sobria que la literatura india, modelo incomparable de lo que podría llamarse el lirismo realista, y que, probablemente, nos ofrece con algunos salmos indios, los ejemplos de la poesía más elevada á que ha llegado la humanidad. Los salmos han sido la poesía de que se ha alimentado la Edad Media. En el siglo xvii han inspirado también los primeros ensayos líricos de Corneille y de Racine, las estrofas de *Polinto* y de la traducción de *La Imitación*, los coros de *Esther* y *Athalie*.

Por otro lado, Dante y Milton están completamente impregnados de la Biblia. Lo mismo sucede con Pascal y Bossuet, creadores de nuestro idioma francés actual, que han sido los iniciadores del estilo moderno, caracterizado por una gran familiaridad en la expresión unida al poder de la imagen y de la idea.

Después de la Revolución, cuando la fe en el sentido divino de los libros sagrados comenzó á decaer, fué el momento en que se pudo empezar á comprender y á comentar

su valor literario. La admiración de un Chateaubriand debía elevarse del fondo á la forma, aplicarse á los procedimientos estéticos y tratar de reproducirlos. El influjo de la Biblia se deja sentir sucesivamente en el autor de los *Mártires* y en Lamennais; llega hasta el autor de *Salambó*, y hasta el de la *Falta del abate Mouret*. La concepción del *Paradou* es una mezcla del *Génesis* y del *Cántico de los cánticos*, iluminado por los místicos arranques de los salmos y de las letanías de la Virgen. En fin, el influjo de los salmos es más sensible aun en nuestros líricos, desde Alfredo de Vigny y Lamartine hasta Víctor Hugo. Entre todos los poetas, el autor de *Ibo* y de *Plein ciel*, es el que más se acerca á los antiguos poetas hebreos, á los Isaías y á los Ezequiel.

El sentimiento de la naturaleza y el arte de describirle debían modificarse bajo el influjo de la Biblia y del cristianismo. La característica de la literatura greco-latina, era pintar las cosas evocando en nosotros las percepciones netas del oído, y, sobre todo, de la vista: las descripciones clásicas son maravillosas en cuanto á la copia de la línea y de la forma. Al contrario, la literatura oriental y romántica, en lugar de insistir sobre la percepción objetiva, insiste sobre la emoción interna que la acompaña, y trata de reanimar en nosotros esa emoción; en vez de apoyarse en el sentido demasiado intelectual de la vista, toma igualmente sus imágenes á los del tacto, del olfato, del sentido interno: llega de ese modo á suscitar representaciones mucho más precisas si bien menos *formales*. Es que el escritor no nos hace ver las cosas sino indirectamente, suscitando la emoción interna que acompaña á la visión externa. Para suscitar esa emoción, Hugo y Flaubert son comparables á Isaías. Obtienen la realidad de la percepción por la fuerza de la sensación.

El divino Teoclimenes, en el festín de Penélope, se siente inspirado por los presagios siniestros que amenazan: — «¡Ah! desdichados! ¿Qué os ha sucedido de funesto? ¿Que tinieblas se extienden sobre vuestras cabezas, sobre vuestro rostro y alrededor de vuestras débiles rodillas? Un rugido se oye, vuestras mejillas se cubren de lágrimas. Las paredes, los artesonados están teñidos de sangre; esta sala, este vestíbulo, están llenos de fantasmas que descienden al Erebo, á través de la sombra. El sol se desvanece en el cielo, y la noche de los infiernos se aparece.» Por muy formidable que sea este sublime de Homero, cede aún á la visión del libro Job.

»En el horror de una visión nocturna, cuando el sueño adormece más profundamente á los hombres,

»Fuí sobrecogido por el miedo y el temblor, y el pavor penetró hasta mis huesos.

»Un espíritu pasó ante mi rostro, y el vello de mi carne se erizó de horror.

»Ví á aquél cuyo rostro no conocía. Un espectro apareció ante mis ojos, y oí una voz como un tenue soplo.»

»La tierra, exclama á su vez Isaías, vacilará como un hombre ebrio: será transportada como una tienda de campaña levantada para una noche.»

Que nuestra literatura romántica se haya inspirado en la Biblia, es muy sencillo, puesto que desde sus comienzos trató de hacer esbozos de género oriental. Pero el pueblo hebreo ha tenido, desde el punto de vista literario, la importante misión de condensar todo el genio oriental. Y la Biblia nos da, como en una especie de manual, un resumen de las meditaciones sin fin de las razas orientales en los desiertos, ante una naturaleza más coloreada, á veces más inmutable, á veces más mudable que la nuestra.

Guyau.

Lo que deberá ser el arte del porvenir.

Se habla del arte del porvenir imaginándolo un arte nuevo, refinado con exceso y derivado del arte contemporáneo de las clases superiores de nuestra sociedad. Pero un arte así no nacerá jamás, no puede nacer. El arte de nuestras clases superiores hállase ya ahora en un callejón sin salida. No puede dar un paso más. Este arte desde que se separó del principal fundamento del arte verdadero, se pervirtió más y más; ahora está de todo punto aniquilado.

El arte del porvenir, el verdadero, el que surgirá, no ha de ser la prolongación de nuestro arte, sino que emanará de otros principios sin comunidad alguna con los que informan el arte actual de las clases directoras.

El arte del porvenir, destinado á ser sentido por todos los hombres, no tendrá ya por objeto expresar sentimientos que sólo puedan comprender algunos ricos, sino manifestar la más alta conciencia de sí mismo á las generaciones futuras. En lo porvenir, no se considerará arte sino lo que exprese sentimientos que impulsen á los hombres á la unión fraternal, ó sentimientos bastante universales para que los sientan todos los hombres. Tan sólo este arte será admitido, propagado. El resto del arte, el que sólo es accesible á algunos hombres, quedará arrinconado. Y el arte no será apreciado solamente, como hoy, por un reducido número de personas, sino que le apreciarán todos los hombres.

Los artistas del porvenir no pertenecerán, como ahora, á una clase determinada del pueblo; todos los que sean capaces de creación artística, aquellos serán artistas. Todos podrán entonces ser artistas: no se pedirá al arte una técnica complicada y artificial que exige gran pérdida de tiempo, se le pedirá tan sólo claridad, sencillez y sobriedad; cosas que no se adquieren por una preparación mecánica, sino por la educación del gusto. Todos podrán ser artistas, porque en vez de nuestras escuelas profesionales, todo el mundo podrá aprender en la escuela primaria música y dibujo, de modo que todos los que se sientan con disposición para un arte puedan practicarlo y expresar por medio de él sus sentimientos personales.

Se me objetará que si se suprimen las escuelas artísticas especiales, se debilitará la técnica del arte. Sí, se debilitará, si se entiende por técnica el conjunto de vanos artificios que hoy se designa con tal nombre. Pero si por técnica se entienden la claridad, la sencillez y la sobriedad, no tan sólo se conservará esa técnica, sino que se elevará á un grado superior. Todos los artistas de genio que ahora quedan ocultos en el seno de los pueblos, podrán entonces participar del arte y ofrecer modelos de perfección, que serán la mejor escuela técnica para los artistas de su tiempo y del tiempo venidero. Hoy mismo, no es en la escuela donde se instruye el verdadero artista, sino en la vida, estudiando el ejemplo de los grandes maestros; pero entonces, cuando participen del arte los hombres mejor dotados del mundo entero, entonces el número de modelos será mayor, y estos modelos más asequibles; y la ausencia de una enseñanza profesional se encontrará compensada cien veces para el verdadero artista, con la justa concepción que se formará del fin y de los métodos del arte.

Tal será una de las diferencias entre el arte del porvenir y el contemporáneo. Otra será que aquél no lo practicarán artistas profesionales pagados por su arte y que sólo se cuidan de él, sino que lo practicarán todos los hombres que sientan deseo de ello, y sólo cuidarán de él cuando se les antoje.

Se dice en nuestra sociedad que trabaja mejor el artista cuanto más segura es su situación material. Esta opinión bastaría para probar que lo que se toma por arte sólo es vil remedo de él. Es cierto que para hacer zapatos ó panes la división del trabajo ofrece grandes ventajas: el zapatero ó el panadero que no se ve obligado á hacerse la comida ni á partir leña, puede hacer así mayor número de zapatos ó de panes. Pero el arte no es un oficio, sino la transmisión del sentimiento que experimenta el artista. Este sentimiento no puede nacer en un hombre si no vive la vida natural y verdadera de los hombres.

De modo que asegurar al artista la satisfacción de todas sus necesidades materiales es dañar á su capacidad artística, pues, librándole de las condiciones de la lucha contra la naturaleza por la conservación de su propia vida y la de los otros, se le priva de conocer los sentimientos más importantes y naturales de los hombres. No hay posición más detestable para la facultad creadora de un artista, que esta seguridad absoluta y este lujo que hoy nos aparecen como condición indispensable del buen funcionamiento del arte.

El artista del porvenir vivirá la vida ordinaria de los hombres, ganando el pan con un trabajo cualquiera. Y conociendo así el lado serio de la vida, se esforzará en transmitir al mayor número posible de hombres los frutos del don superior que la naturaleza le habrá concedido: esta transmisión será su alegría y su recompensa.

Hasta que se haya arrojado á los mercaderes del templo, el del arte no será templo. Pero el primer cuidado del arte del porvenir será arrojar á aquéllos.

Tengo para mí que la materia artística de lo porvenir será distinta á nuestro arte contemporáneo. Consistirá en la expresión de los sentimientos experimentados por el hombre que vive la vida común de los hombres, sentimientos asequibles á todos los hombres sin excepción.

Se me objetará que esta es materia bien restringida. ¿Hay algo más vulgar y monótono que los sentimientos que experimentamos todos los hombres?

Sin embargo, no por ello es menos cierto que los únicos sentimientos nuevos que pueden experimentarse hoy son sentimientos de fraternidad y de amor asequibles á todos.

¿Qué hay más viejo que las relaciones entre marido y mujer, los hijos y los padres, las relaciones de los hombres de un país con los de otro? Pues bien; basta que un hombre considere estas relaciones desde un punto de vista humano, para que en seguida nazcan en él sentimientos infinitamente variados, nuevos, profundos, patéticos.

La verdad es que el arte del porvenir abrazará mayor extensión que el actual, pues tendrá por objeto transmitir los sentimientos vitales los más generosos, sencillos y universales. En nuestro arte sólo se consideran dignos de ser expresados los sentimientos de una categoría determinada de hombres, y aun de un modo muy refinado y obscuro para la mayoría. Se cree bochornoso aprovechar el inmenso dominio de lo popular é infantil; proverbios, canciones, juegos, imitaciones, etc. No será así en lo porvenir. El artista comprenderá que producir una fábula, con tal que divierta; ó una canción, ó una farsa, con tal que distraiga; ó una pintura, con tal que guste á millares de gentes, es más importante que componer una novela, un drama ó un cuadro que durante algún tiempo divertirán á corto número de ricos y serán olvidados después. El dominio del arte de los sentimientos sencillos es inmenso y puede decirse que no ha sido explorado aún.

Así el arte de lo porvenir no será más pobre que el nuestro, sino más rico. La forma será superior á la actual, no como técnica refinada, sino como expresión breve, clara, precisa, libre de vanos adornos.

Recuerdo que un día, después de haber oído una conferencia de un astrónomo edu-

nente acerca del análisis espectral de las estrellas de la vía láctea, pregunté á dicho astrónomo si consentiría en dar una conferencia acerca del movimiento de la tierra, pues entre sus oyentes había muchos que ignoraban la causa del día y de la noche, de las distintas estaciones del año. «Sí, es un bello tema; pero muy difícil. Me es mucho más fácil hablar del análisis espectral de la vía láctea.»

Lo mismo sucede en arte. Escribir un poema sobre un asunto del tiempo de Cleopatra, pintar á Nerón incendiando Roma, componer una sinfonía á la manera de Brahms ó de Ricardo Strauss, ó una ópera como las de Wagner, es mucho más fácil que contar un cuento que no tenga nada maravilloso y hacerlo sentir, sin embargo, ó dibujar con lápiz una figura que conmueva ó alegre al espectador ó escribir cuatro compases de una melodía sin acompañamiento; pero que traduzca determinado estado del alma.

Pero es imposible volver á las formas primitivas, dada nuestra civilización—dirán los artistas.—Hoy nos es imposible escribir historias como la de «José vendido por sus hermanos» ó como la *Odissea*, componer música como la de las canciones populares...

Es imposible á nuestros artistas, y no lo será á los que no tengan llena la cabeza de tecnicismos, y que no siendo profesionales del arte ni cobrando éste, sólo producirán arte cuando les impulse una irresistible fuerza interna.

La diferencia será completa, en el fondo y en la forma, entre el arte de lo porvenir y el contemporáneo. En el fondo, aquél tendrá por objeto unir á los hombres; en la forma será asequible á todos. Y el ideal de la perfección de lo porvenir no será el particularismo de los sentimientos, sino su grado de generalidad. El artista no buscará, como hoy, ser obscuro, complicado, enfático, sino breve, claro, sencillo. Y sólo cuando el arte haya tomado tales derroteros, es cuando no servirá sólo para distraer á una clase de gente ociosa, como ahora ocurre, sino que empezará por fin á realizar su fin verdadero, es decir, á transportar una concepción social y humana desde el dominio de la razón al del sentimiento, á conducir así los hombres hacia la dicha, hacia la vida, hasta esta unión y perfección que les recomienda su conciencia de amor fraternal.

León Tolstoi.

EL FETICHE DE MOKUBAMBA

POR

JORGE CLEMENCEAU

Puede ser que hayáis conocido á Mokubamba, quien consiguió celebridad en Passy, por sus trabajos, como arreglador de asientos de enea en las sillas viejas, fabricante de esteras felpudas ordinarias, de canastos y canastillos, remendador de todo lo que se estropea, explicador de cuentos, divertidor de los paseantes y amigo de todos los parajés en los cuales nuestro terrestre guiñapo se abastece de bebida y comida.

Este era, pues, un viejo negro de la costa de Guinea, muy negro de piel y muy blanco de pelo, con grandes ojos de cejas negras y mandíbulas de cocodrilo, de las cuales saltan risas de niño. Él me honraba con sus visitas, y se reconcentraba consigo mismo, por la noche, cuando se hallaba en posesión de alguna pieza que no había estado en venta. Con gran abundancia de gestos y de palabra, me explicaba entonces la necesidad que yo tenía de poseer un objeto, del cual una suerte improvisada lo había hecho poseedor. Y como se daba cuenta de que sus dichos me causaban mucho placer, se dedicaba

á desarrollar su pintoresca elocuencia, que nunca dejaba de ser más ó menos remunerada.

Nuestros últimos «reformadores» pusieron el entusiasmo, en vez de la salsa, al alcance de todo el mundo: ¡Mokubamba ha muerto el día 14 de Julio por haber festejado demasiado copiosamente la toma de la Bastilla! Passy no volverá más á ver Mokubamba con su albornoz blanco, su gorro rojo escarlata, sus botas verdes y su palo de tambor mayor. Esto era una pérdida para el pintoresco lugar parisién y encontrarán muchos la falta, y en cuanto á mí, ¿cómo dejaré de recordar al original compañero que había visto tantos países, frecuentado á tantos sabios y recogido tan curiosas lecciones?

«Mokubamba conoce la tierra toda», tenía por costumbre decir, añadiendo en su candor: «Mokubamba sabe todo lo que un hombre puede saber.»

Y haciendo gala de la generosidad de su naturaleza primitiva, que está lejos del egoísmo que guarda exclusivamente para sí el tesoro recogido de profunda ciencia universal, Mokubamba la prodigaba al que primero se le acercaba. Predecía con la misma facilidad el tiempo que haría mañana, como el que había hecho á la víspera. Por medio de signos cabalísticos, sobre un pergamino en extremo grasiento, adivinaba la suerte de cada uno, y poseía una grandiosa facultad de elegir y predecir las felicidades ajenas, que nunca había escatimado.

Los pobres sabían que se preparaba para ellos una rica herencia, los ricos veían acrecentar su fortuna por accidentes y circunstancias imprevistas, el amor llamaba á la puerta de los jóvenes de ambos sexos, los niños venían al mundo para ser el orgullo de sus respectivas familias y los viejos, enamorados de sí mismos, veían prolongar indefinidamente su existencia: Mokubamba, distribuía á cada uno un pedacito de paraíso terrenal.

Cierto día oí reprocharle su modo de ser, alegando que la vida, muy á menudo, nos reserva profundas decepciones por varios conductos y de diversos modos, y que para augurar los placeres debía haber de tiempo en tiempo algún salto entre el soberano bienestar, del cual era tan pródigo en dar esperanzas, y la suma de goces realizados.

—La vida—respondió el sabio Mokubamba—es una serie no interrumpida de felicidades. Cuando una ha desaparecido, otra se pone en camino. Esta tarda más ó menos en llegar, pero no hay ninguna persona que se niegue á seguirla, y generalmente es lo mejor que el hombre puede hacer.

Para remendador de sillas me pareció profunda.

—¿Quién te ha enseñado esto?—le pregunté.

—Un fakir de Benarés, para quien el cielo no tenía secreto alguno.

—¿Tú has estado en la India?

—Yo he estado en todas partes.

—Mokubamba, amigo mío, tu vida no debe ser como la de muchos otros, y debe salirse de lo ordinario. ¿Quieres contarme algo de ella? El pasado de tu vida me interesa más que el porvenir.

—Si quieres ordenar que me den café y algunos cigarrillos, para que pueda beber y fumar mientras hablo, te contaré toda mi historia.

Hizo un signo de asentimiento, y Mokubamba, tomando posesión cerca de mí, saboreando el aromático café de la Arabia y chupando varias veces el cigarrillo, parecía perderse en busca de un modo de empezar su historia, mientras contemplaba cómo se desvanecía el humo en el aire.

—¿Cuál fue tu primer oficio?—le pregunté para ayudarle á empezar.

—El más fácil de todos—respondió con aire avergonzado.—Yo he empezado por ser ministro.

—¡Ministro!—exclamé en el colmo de la sorpresa.—¿Ministro de qué y de quién?

—Ministro del gran rey Matori... Allá, lejos, muy lejos; á la otra orilla del Níger.

—¿Es cierto? Pues presento mis respetos á su excelencia. Pero tú dices que el oficio te ha parecido muy cómodo y tus colegas entre nosotros hablan de modo muy distinto.

—Yo digo lo que he visto. En nuestro país, aquellos que son los amos tienen siempre razón, y dime tú si conoces algún rincón de la tierra en que las cosas pasen de diferente manera. Yo no sabía nada, y habría sido incapaz de hacer la más sencilla estera, y todo lo que decía era admirable, y desde que había dado una orden era ésta considerada como la mejor del mundo. Yo era fetiche, porque mi madre me dió á luz en un día de lluvia, después de una larga temporada de sequía que había producido el hambre en nuestros poblados.

—¿Cuáles eran tus funciones?

—Las de todos los fetiches. Iba en busca de las provisiones para el rey, y de ellas retenía mi justa parte. Matori me quería mucho; pero yo tenía enemigos, y uno de ellos le persuadió de que mi fetiche era más poderoso que el suyo, y como desde entonces temía mi potencia, me vendió á un traficante inglés que necesitaba de peones para su marfil. Este fué un viaje interminable hasta la costa. Todo el que caía desfallecido se le remataba en el acto, por caridad, para que las fieras no se lo comieran vivo por la noche, y después se distribuía la carga entre los supervivientes. Sin mi fetiche yo hubiera muerto, y debo decir que los mismos bastonazos no hacían más que darme coraje.

—¿Quién es, pues, tu fetiche?

—En este tiempo lo ignoraba todavía; pero lo sentía sin conocerle. En esto llegamos á poder de los ingleses; yo no era esclavo, jeso sí que nol, pero era *enganchado*, y, para que me pareciese mejor mi enganchamiento, se me había sujetado á las paredes de un corral, junto con muchos otros, por medio de una cadena de hierro.

—¡Pobre Mokubambal!

—Yo no era muy desgraciado, puesto que se nos alimentaba muy bien. Además, se trataba de engordarnos para la venta. Allí fué donde aprendí el arte de trenzar los juncos y los tallos de palmera, y de cortar la madera cuidadosamente. Mi vecino de grillete era un gran hechicero en su país. Esculpía los bambúes, hacía de cocinero, sabía forjar y manipular el hierro cuando estaba rojo, curtir el cuero, danzar, invocar los espíritus y multitud de otras cosas, y en todas ellas ponía mucho cuidado. El no fué vendido, porque estaba ya abolida la esclavitud; pero fué cambiado por una docena de botellas de aguardiente francés. ¡Este era ya un precio decente! Matori me había cedido por una simple calabaza de ron con un galete de cuero.

—¡Pobre Mokubambal!

—Sí, tienes razón; esto era todavía poco, porque tuve que sufrir muchas humillaciones durante largo tiempo. Pero yo debía aprender, como decía mi nuevo maestro, «á aplacar el demonio del orgullo».

—¿Y decía tal cosa tu nuevo maestro?

—Ciertamente. Poco tiempo después continuaba yo tranquilamente sujeto á mi cadena en disposición de confeccionar una gran cesta, cuando un hombre vestido de negro, con una cinta blanca alrededor del cuello, se acercó á mí y me dijo: «Hermano mío, ¿qué has hecho de tu alma?» Yo había aprendido algunas palabras de inglés durante mi viaje,

y mientras tanto trataba de interpretar su pregunta, le invité a que la repitiera varias veces. Él la repitió tanto, que terminé por comprender que me hablaba de mi fetiche y que deseaba saber lo que yo había hecho de él. Contesté que esto era una cosa sagrada, que siempre la llevaba conmigo; pero que si me tomaba a su servicio yo haría uso de él en provecho suyo, por lo cual le invité a que me canjeara por una suma de monedas. Mi respuesta, al parecer, debió satisfacerle, puesto que la misma noche el excelente pastor Ebenezer Jones, me instaló en su mismo presbiterio. Enseñome su gran fetiche, que no se diferenciaba mucho de los que tenía Matori. Comúnmente es alguna cosa que no conocemos la que determina el que se nos haga mal ó bien, y yo le preguntaba por el bien al objeto de que lo recibiera siempre; pero como le decía todo esto apresuradamente, lo único que contestó fué que esperase confiado y que tuviese paciencia.

Luego me contó bonitas historias, llenas de prodigios, y siempre terminaba con esta pregunta:

—¿Me crees tú?

¿Cómo no? Un hombre que parecía tan bueno, que me hacía comer sopa y viandas en abundancia, que me bautizó, organizando para ello una fastuosa ceremonia.

Pronto su contento no tuvo límites y me nombró sacristán. Por mi parte, era la edificación de los fieles, y muchos me hacían regalos, con lo cual me proporcionaba, á expensas del reverendo, una especie de aguardiente superior, conocido con el nombre de *whisky*.

Ebenezer Jones recorría el país predicando su fetiche, y yo le acompañaba. Conseguí aprender todos sus discursos, y á menudo, en las reuniones que convocábamos después que él había hablado, yo recitaba trozos que había aprendido. Los indígenas me comprendían mejor que á él, y esto resultaba asombroso. Mi «guía espiritual» me debió la mayor parte del éxito que le hizo famoso hasta su patria. Esto duró cerca de diez años.

Un día Ebenezer fué llamado á Londres y me propuso que le acompañara. Yo le seguí con alegría, y debo decir que durante las seis semanas que estuve en la citada capital, no hice más que gozar de un inmenso festín. Se me exhibió en la Sociedad de Misiones como un modelo de convertidos. A los postres, me levantaba y manifestaba mi contento supremo, muy natural después de una buena y abundante comida. Los circunstantes lloraban de enternecimiento y yo me enternecía á mí mismo. En este país el fervor religioso de las viejas señoronas es extremado. Desde las morcillas á los comestibles más finos todo se convertía en presentes de comidas. Jamás había comido tanto ni tan bueno.

Mientras estuve allí tuve la sorpresa de descubrir que los ingleses, como los negros, no están todos de acuerdo respecto de sus fetiches, y esto me hizo cavilar. En el Africa, á seis días de marcha de nuestra misión, había una iglesia y una misión católica. Yo cuidaba mucho de no aproximarme á ella, porque Ebenezer me había enseñado que allí se fabricaban muchos maleficios contra los pobres negros que llegaban á creerlos.

Pero he ahí que una tarde fui abordado por un gran diablo de cura irlandés, mientras paseaba por las calles de Londres, que se había enterado de mi celo religioso y al cual le daba envidia la gloria que yo había alcanzado en la Sociedad de Misiones, por lo que había resuelto hacerme abjurar de la iglesia protestante y hacerme ingresar en la católica. Yo no hice más que dejarme conducir donde había mesa servida con abundancia... Allí la había con toda clase de dulces, confituras y licores... ¡oh, los licores!... Esto me

conmovió demasiado y no pude ocultarlo á mi nuevo amigo el padre José O'Meara. Entonces él redobló sus esfuerzos para convertirme y me explicó muy bien la superioridad de sus fetiches sobre los de Ebenezer, hasta el punto que me vi obligado á decirle que tenía razón. No hube más que pronunciado esta última palabra cuando inmediatamente me bautizó y me hizo dormir en una excelente cama, y al día siguiente celebró mi *reconversión* con una ceremonia todavía más bonita que la precedente. Allí había fetiches en todas partes en medio de muchas luces. José O'Meara lloraba de alegría, y yo también lloraba...

Por la noche tuvo lugar un muy bello banquete, parecido á los otros, para el cual me había aprendido de memoria un discurso; pero como los vinos generosos debilitaron un poco mi memoria, no pude decir más que una frase: «Mokubamba está muy contento, muy contento...»

Y esto no era mentira.

La desgracia fué que Ebenezer Jones, avergonzado de que hubiese sido vencido por José O'Meara, quiso reconquistarme; pero este curita no era de aquellos que se dejan jugar malas partidas. Es cierto que fui tratado como un príncipe, pero también fui escrupulosamente vigilado y guardado durante quince días. Después me explicó que él necesitaba cambiar de país para escapar á las asechanzas del *Malo* (este era el nombre que daba al fetiche de Ebenezer), y luego fui destinado á una misión de Bombay, donde la religión tampoco era la misma. Sólo daban para comer un poco de arroz y mucho polvo y agua caliente á voluntad. Esto no era muy de mi gusto y renuncié en seguida á tal clase de vida. Durante mucho tiempo anduve errante por las calles buscando otro fetiche que me convirtiera. Como allá hay toda clase de gente, anduve interrogándola sobre sus respectivos fetiches, cuando un buen día encontré un Parsi, adorador del sol, que no tenía nada para cocinar en su marmita, y un chino que, considerando el apetito que tenía, me predijo que renacería bajo la forma de un tiburón. Nadie se cuidaba ni interesaba por mi conversión; solamente un mahometano se mostró dispuesto á ganarme á favor de su fetiche, pero él quería quitarme algunas parcelas de mi ser; por eso no quise darme por convencido (1).

Entonces viajé, tejiendo cestas, canastas y esteras, como en la actualidad, y esto me producía tan poco beneficio, que la escasez y la miseria eran mi único patrimonio. Además, cada cual en este país tiene por encima de todo á su respectivo fetiche, y no lo quiere cambiar, de modo que hay muy poco trabajo que hacer para Ebenezer Jones ó para José O'Meara. Por consiguiente, los fetiches dejan á la gente muy desgraciada y les hacen morir de hambre á centenares de miles cada año, y á nadie se le ocurre la idea de dirigirse á los fetiches de los que viven en la abundancia.

Tuve más tarde ocasión de someter al talento de un fakir de Benarés la resolución de este problema, el cual decía que poseía la ciencia suprema. Su fetiche era una escudilla, detrás de la cual él se arrodillaba, en el borde del camino, en actitud de adoración. Al observar detenidamente la cosa, nada tenía de extraordinaria. Mientras tanto, esta táctica poseía la propiedad de atraerse las monedas á causa de la creencia establecida por el citado fakir de que reportaba buena suerte á los donantes. Tal idea la he encontrado muy desarrollada entre vosotros. Pero el fakir de la India se descompone en dos castas: el que pide trabajo, que no se le da porque no es *respetable*, y el mendicante de

(1) El sentido del cuentista tiende á demostrar que el musulmán quería convertir al otro en suyo.—(N. del T.)

oficio, que no es más que un fakir profesional, á quien se da de todo porque es el que proporciona la suerte.

Este hombre de Benarés conocía todo esto y muchísimo más, y llegó á tomarme gran cariño á causa de la simplicidad de mis preguntas. Por la noche me hacía la limosna de una ración de arroz, y muy á menudo permitió que estableciera mi litera dentro de su cabafia de juncos. Allí, bajo el cielo tachonado de estrellas, me explicaba la creación y me comunicaba su gran ciencia del mundo. Fué él el que me explicó el enrevesado misterio de los fetiches, por medio de lo cual he logrado vivir mucho tiempo entre vosotros sin temer el hambre y la miseria. Luego un Parsi, gran comerciante de trigo, me transportó en Algerx y más tarde aquí, donde definitivamente he fijado mi residencia.

Y en último resultado, todo lo que he visto del mundo no ha hecho más que confirmar la profunda sabiduría del ilustre fakir de Benarés.

—Excelente... Pero, ¿qué decía él de los fetiches?

—Es que ya se ha concluido el café...

—Conforme... Toma este otro vaso.

—Con mucho gusto. Esto puede resumirse en pocas palabras. Este fakir enseñaba que el universo no es más que una inmensa aglomeración de fetiches, de modo que hay tantos como seres vivientes; los unos son fuertes, otros débiles y todos están en lucha para conseguir el predominio. Los malignos son los que hacen mal á los otros. Los buenos son aquellos que emplean la dulzura, la persuasión y el amor; de modo que es necesario estar entre los buenos cuando no se es el más fuerte.

—Comprendo... ¿Pero el fakir hablaba de los fetiches ó de los seres humanos?

—¡Ah, ah! ¡Tú quieres saberlo todo! Dame otro vaso de café y te daré la respuesta... Ya sabes que nada puedo rehusarte... Pues sí, el fakir afirmaba que el fetiche y el hombre son de una misma pieza, puesto que cada uno hace su fetiche según la fuerza del interés que consigo mismo tiene y la fuerza de voluntad que emplea para satisfacer este interés. Cuando yo predigo á las gentes una fortuna más ó menos próxima, no les miento de ninguna manera, porque les anticipo cierta cantidad de felicidad que de otro modo no disfrutarían. Esto les fortifica su propio fetiche y les proporciona su parte de goces.

—Entonces, Mokubamba, bajo formas y denominaciones variadas, crees en un solo fetiche, al que has sido siempre fiel y que te ha recompensado á través de todo el mundo: has sido tú mismo?

—Eso es... Es el mismo Mokubamba... ¡He ahí el gran secreto! Medítalo como quieras, igual que el fakir.

—Sin duda alguna que lo meditaré. Pero, ¿crees tú que este gran secreto no es conocido más que en Benarés?

—Muy á menudo me lo he preguntado. A juzgar por los actos, cada uno parece saber á qué atenerse... Pero yo no he encontrado otro como el fakir para decir las cosas tal y como realmente son.

De este modo habló Mokubamba, remendador de sillas viejas y artista recompositor de útiles y muebles rotos; divertidor de desocupados y recitador de historias en Pansy.

Venido con firma, por

P. de Curiis.

LA REVISTA BLANCA

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

Precios de suscripción... } Un año..... 5,00 ptas.
Un trimestre..... 1,50 —

Número suelto, **25** céntimos,

CON 25 POR 100 DE DESCUENTO A LOS CORRESPONSALES

ADMINISTRACION

Cristóbal Bordiu, núm. 1. MADRID

TIERRA Y LIBERTAD

DIARIO ANTIPOLITICO

Número suelto, **5** céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, **0,75** pesetas.

REDACCION

MALASAÑA, NÚM. 33. MADRID